

# TARTESSOS EN LA HISTORIOGRAFÍA: UNA REVISIÓN CRÍTICA

*Carlos G. Wagner*

*Universidad Complutense de Madrid*

Mitificada por la Historia en breves e incompletas alusiones, perseguida por los arqueólogos que apenas han arañado su superficie más externa, no es fácil para el historiador emprender la crítica historiográfica de Tartessos. No porque no se encuentre en territorio propio, sino porque los demás le acusarán de pisar terreno ajeno.

## **I. Del *Tartessos* de Schulten a la renuncia a “descubrir” Tartessos.**

Aunque existen referencias anteriores, la historiografía sobre Tartessos que ha ejercido o aún ejerce influencia sobre las opiniones científicas actuales arranca de la más que célebre obra de Schulten (1924, 1945). No merecerá la pena, sin embargo, que nos detengamos aquí en su análisis historiográfico pormenorizado, no tanto porque los puntos de vista del erudito alemán estén hoy ampliamente superados y apenas tengan influjo alguno en la investigación actual, lo cual es más o menos cierto para la casuística concreta si bien los planteamientos de fondo acusan todavía su herencia, sino debido a que tal revisión ha sido ya iniciada con éxito y con más detalle del que podríamos dedicarle aquí (Cruz Andreotti, 1987, 1988; Sanchez Jimenez y Cruz Andreotti, 1988). No obstante, a lo largo de estas

páginas señalaremos cuales de las ideas de Schulten han tenido, y en algunos casos todavía tienen, una proyección más notoria y profunda sobre los trabajos posteriores.

Con todo, fue mérito indudable del investigador germano atraer la atención sobre el estudio de Tartessos, que hasta entonces apenas ocupaba más que un lugar meramente episódico en las citas de eruditos y anticuarios referidas al conocimiento de nuestro más antiguo pasado. A partir de ahí el predominio de la investigación arqueológica fue prácticamente absoluto, con alguna incursión esporádica de filólogos e historiadores, en parte debido a la propia influencia de Schulten pero también en parte por el escaso desarrollo de una disciplina histórica acerca de la Antigüedad en nuestro país durante muchos años.

Fue precisamente a causa de la influencia de las ideas de Schulten, que concebía Tartessos como una cultura superior con una formación política compleja, un Estado en forma de reino, que la primera fase de la investigación arqueológica, iniciada una vez concluida nuestra contienda civil, centró sus esfuerzos en la localización, por otro lado nada segura (se dudaba entre Huelva: isla de Saltés, Sevilla: marismas, Hasta Regia, y Cádiz: Mesa de Astas, Jerez) de la supuesta capital del reino tartésico (Antón, 1941; Pemán, 1941a y 1941b; Bayerri, 1941; Ausejo, 1942). La búsqueda fue infructuosa, como infructuoso había resultado antes el mismo empeño del propio Schulten por desenterrar la ciudad que él creía fundada por los tirsenos y cuya ubicación había propuesto en el Coto de Doña Ana.

## II. El afortunado hallazgo del "orientalizante".

Por todo ello, a finales de los años cincuenta y comienzos de los sesenta asistimos a un replanteamiento de la investigación arqueológica sobre Tartessos (Maluquer, 1960). Interesaba ahora particularmente lograr una identificación de la cultura tartésica mediante el análisis de sus vestigios materiales, una vez que se había renunciado ya a la búsqueda de la capital del antiguo reino. Se abrió de este modo una segunda fase en la investigación arqueológica, de la que fueron pioneros tres trabajos publicados en el n. 29 del *Archivo Español de Arqueología* (García y Bellido, 1956; Blanco, 1956; Cuadrado, 1956). El nuevo enfoque, sin duda más sólido que el que había presidido la fase anterior aunque con sus propias

limitaciones, en particular en lo referente al campo teórico y a la metodología, encontró su primera expresión articulada en el *V Simposio de Prehistoria Peninsular*, que bajo el lema: *Tartessos y sus problemas* se celebró en Jerez en 1968, siendo publicado en Barcelona un año después.

Más fructífero que el anterior periodo de investigación, se consigue a partir de ahora identificar un horizonte "orientalizante" que se considera análogo a momentos culturales semejantes en la antigüedad mediterránea, sobre todo en Chipre, Grecia y Etruria, consecuencia para la mayoría de los investigadores de la presencia de los fenicios y su actividad comercial en el mediodía de la Península (García y Bellido, 1960; Blanco, 1960; Blázquez, 1972; Almagro Gorbea, 1977; Garrido, 1979). No en vano la arqueología fenicia en nuestras tierras vivía momentos de esplendor con los recientes descubrimientos de una necrópolis en Almuñecar, la antigua Sexi (Pellicer, 1962), y un asentamiento en el cortijo de Toscanos, junto al río Velez en Málaga (Pellicer, Niemeyer y Schubart, 1966), allí donde precisamente Schulten había situado la colonia griega de Mainake.

La multiplicación de hallazgos de asentamientos fenicios, o de sus necrópolis, sobre las costas mediterráneas andaluzas, en particular en la provincia de Málaga, que siguió a estos descubrimientos, junto con la imposibilidad de localizar arqueológicamente las colonias foceo-masaliotas en este mismo litoral y más al norte, inclinó decisivamente la balanza en favor de unos orígenes fenicios para este "orientalizante" peninsular, que es como pasaba ahora a concebirse Tartessos. En contra de tan generalizada opinión apenas se alzaron unas pocas voces discordantes (Montenegro, 1970; Bendala, 1977, 1979) que proponían unos orígenes greco-orientales, vinculados en parte con la supuesta llegada a Occidente de los Pueblos del Mar; lo que por otro lado no era sino una nueva versión más elaborada de la vieja idea de Schulten.

Pero en este desproporcionado debate, unos y otros compartían otra antigua herencia del sabio alemán: el empeño por situar en unas coordenadas externas los orígenes de Tartessos, bien haciéndolos depender de los tirsenos, de los griegos o de los fenicios. Difusionismo puro y simple, lo que resultará fácil de entender si consideramos la gran dependencia de la mayoría de estos arqueólogos de la "escuela" clásica alemana (no pocos se formaron en aquel país o aprendieron junto a sus colegas del Instituto Arqueológico Alemán de Madrid, en una continuación de la trayectoria filogermana tan cara a los primeros tiempos del anterior régimen). Este

legado winckelmaniano fue abusivamente magnificado en muchas ocasiones, y no sólo en las investigaciones sobre Tartessos, hasta el punto de que terminó, en su obsesión del objeto por el objeto y la técnica de excavación por la técnica de excavación, por provocar la reacción crítica de algún que otro investigador (Llobregat, 1976-8: 69).

En efecto, todos los defectos que un reciente libro sobre la Edad del Bronce (Martínez Navarrete, 1988) atribuye a la arqueología peninsular, y que pueden resumirse en la adopción de una metodología positivista combinada con una estrategia de investigación idealista, o en su defecto con una completa ausencia de una teoría general y globalizadora de la cultura, pueden aplicarse por igual a la mayor parte de las investigaciones arqueológicas sobre Tartessos que caracterizan a este segundo momento de la investigación posterior a Schulten. A lo que se podría aún añadir la destacada tendencia de muchos de estos investigadores a interesarse tan sólo por la lectura de trabajos de contenido arqueológico, algo propio de una arqueología "autosuficiente", que considera a la investigación histórica más como un rival desafortunado que como un complemento necesario.

Así, pese a algunos descubrimientos espectaculares (Carriazo, 1970; Garrido, 1970), una localización más segura del área nuclear tartésica (Luzón, 1962; Garrido, 1979), la adscripción de algunos materiales, como las cerámicas bruñidas o las estelas decoradas del S.O, al complejo cultural tartésico y ensayos de periodización con cronologías contrastadas (Pellicer, 1979-80), el término "orientalizante" quedaba en gran medida vacío de contenido, y se continuaba sin conocer adecuadamente muchas cosas importantes acerca de como estaba estructurada aquella sociedad, cuyos vestigios más relumbrantes (algunos tesoros junto con los bronce y marfiles "orientalizantes") llegaron a provocar un deslumbramiento tal en los investigadores que sus consecuencias aún no han desaparecido del todo.

### III. Uso y abuso del "orientalizante".

El afán por las soluciones externas al complejo problema de Tartessos, ya que eran minoría quienes matizaban esta influencia exterior alegando que muchos de los rasgos característicos de la cultura tartésica se encontraban ya formados desde el Bronce Final con anterioridad por tanto al

“orientalizante” (Abad Casal, 1979: 178 ss), fue hegemónico durante todo este periodo, y en buena medida se resiste a desaparecer hoy todavía. Fue también el responsable de la generalización de un punto de vista según el cual los autóctonos actuarían como receptores pasivos de las influencias que, procedentes de culturas más complejas, les llegaban por el Mediterráneo a través del comercio con los fenicios, y que acabarían por modificar necesaria y “positivamente” sus formas de vida. Y de la mano de todo ello se introdujo paulatinamente un uso indiscriminado y casi siempre confuso del concepto de aculturación, empleado para explicar la transformación de la cultura local bajo el impacto externo en su sentido más primitivamente (y toscamente) difusionista, mientras se ignoraba la reformulación que de la aculturación habían hecho los historiadores mucho más recientemente. Una reformulación que nada tiene que ver con los presupuestos ideológicos que animaban la vieja antropología y arqueología difusionistas (Burke, 1987: 127 ss). Pero la mayoría de nuestros arqueólogos parecen aún no haberse dado cuenta.

Tal aculturación, aunque al principio no se la denominara así y se manejaran términos como “impacto”, “influjo” o “semitización”, se consideraba producida a raíz de las interacciones propiciadas por el comercio con los asentamientos fenicios de la costa, lo que constituye una simplificación más que discutible. En ocasiones se llegaba a afirmar, evidenciando el esquema difusionista en uso, que ciertas transformaciones observables en las comunidades autóctonas del Bronce Final, y que afectaban a aspectos de la demografía, la economía o el habitat, eran consecuencias de contactos de tipo precolonial (Almagro Gorbea, 1977: 491ss), restando valor a la capacidad de cambio que emanaría de la propia dinámica interna de las comunidades tartésicas. Posteriormente se ha observado que muchos de los artefactos y otros elementos culturales que en principio denotarían la “orientalización” no eran precisamente los más comunes en los asentamientos fenicios de la periferia (Wagner, 1986b: 145ss), y que la asimilación de las influencias externas se produjo de forma parcial y selectiva (Aubert, 1977-8: 98ss).

Se iba imponiendo así una visión sumamente esquemática y sesgada del mundo tartésico, en la que cada investigador tendía a interpretar el conjunto desde la perspectiva de su propio yacimiento (a pesar de que las excavaciones no han sido nunca extensas), lo que no venía tampoco a favorecer la comprensión de la interacción entre las distintas comunidades

locales que lo integraban. Y era especialmente peligroso puesto que no se tenían en cuenta más que unas pocas variables (agricultura pastoril, riqueza minera, comercio colonial) a partir de las cuales había que reconstruir (o al menos interpretar) la totalidad del proceso. No es extraño, por tanto, que muchas preguntas quedaran sin contestación (e incluso que no se formularan) o que cuando ésta se produjera resultara tan artificiosa como poco satisfactoria. Un ejemplo entre otros tantos: según se iba apreciando que el horizonte "orientalizante" se diluía desde finales del siglo VI a C., se buscaba frecuentemente otra "solución" externa para explicar el fin de Tartessos, haciendo del imperialismo cartaginés el principal responsable. La sombra de Schulten permanecía aún agazapada tras tales intentos. Entre tanto, los estudios históricos y los antropológicos eran descuidados y aún marginados por la tendencia arqueológica dominante.

No quiere ello decir que historiadores y antropólogos no se hayan ocupado de Tartessos, como así ha sido por contra (Caro Baroja, 1971; Pérez Prendes, 1974; Arce, 1974; García Iglesias, 1979; García Moreno, 1979; Bermejo, 1982; Presedo, 1986; Alvar, 1980, 1982, 1987, 1989; Wagner, 1983, 1986a y 1986b) pero la mayoría de las veces sus opiniones han sido desatendidas; entiendase bien: no criticadas, sino sencillamente no tenidas en cuenta, como si nunca hubieran sido emitidas. Excepción hecha de los trabajos de algunos filólogos y epigrafistas que han analizado la ecuación Tarsis/Tartessos (Garbini, 1965; Tackholm, 1965; 1969 y 1974; Tyloch, 1978), que en realidad pertenece a un debate externo a la cuestión<sup>1</sup>, o que se han enfrentado con el complejo problema de la lengua y la escritura tartésica (Gomez Moreno, 1961; Tovar, 1964, 1969; De Hoz, 1962, 1379; Correa, 1978, 1985-6; Pérez Rojas, 1986), en el planteamiento de la investigación sobre Tartessos ha primado durante todo este tiempo la perspectiva de los arqueólogos formados según el "modelo" alemán.

Tanto es así que cuando, en raras ocasiones, arqueólogos o filólogos de posterior formación arqueológica han elaborado síntesis de conjunto sobre Tartessos con alguna pretensión histórica, esto es, descando trascender la mera descripción de la cultura material (Maluquer, 1969, 1970, 1985; Blázquez, 1968, 1975) ha sido un estricto criterio arqueológico

---

1.- En mi opinión tal debate tiene mucho más que ver con la supuesta antigüedad de las navegaciones fenicias a Occidente que con un conocimiento profundo de la realidad interna de Tartessos: Alvar (1988).

positivista fuertemente impregnado de rancio historicismo el que ha prevalecido en la preparación, elaboración y presentación de sus trabajos. El conocimiento histórico de Tartessos, esto es, el que da razón de ser de la dinámica de sus estructuras internas, ha quedado así relegado frente a una abundantísima bibliografía arqueológica centrada sobre todo en aspectos concretos como la identificación y descripción de las cerámicas y otros materiales, la realización de unos pocos sondeos y algunos cortes estratigráficos, la excavación de pequeñas extensiones en algún poblado y en alguna necrópolis, y la elaboración de secuencias estratigráficas y cronológicas como base de distintas y no siempre conciliables periodizaciones.

#### IV. ¿Que sucedió con la Historia?

Al mismo tiempo que se sobrevaloraba frecuentemente el dato arqueológico estricto, la escasa información literaria disponible (la escritura tartésica aún no se ha descifrado y por otra parte el número de documentos y la longitud de los textos son sumamente escasos y muchas veces formularios: Wagner, 1990: 686) era tratada con una ausencia de criterios metodológicos sorprendente. Tan pronto se concedía autoridad histórica a mitos y leyendas relativos a primitivas realezas o se tomaba al pie de la letra alguna metafórica alusión de un poeta, como se negaba la veracidad de informaciones más contrastables, o simplemente se procedía a una lectura literal y acrítica de los pocos textos literarios, no siempre históricos, disponibles (Wagner, 1986a).

En consecuencia, la interpretación histórica resultaba frecuentemente condicionada por muchas hipótesis aceptadas sin debate desde los años de Schulten. Así, durante algún tiempo aún prevalecerá entre los que integran esta segunda etapa de la investigación (arqueológica) sobre Tartessos la idea de que la colonización fenicia y la presencia griega constituían fenómenos contrapuestos y excluyentes en un clima de abierta competencia por los recursos de Occidente. Y al igual que había hecho el sabio alemán, todavía se consideraba la existencia de un "bloqueo" de los mercados tartésicos que descansaba sobre un "cierre" del Estrecho por los púnicos, que posteriormente se ha revelado manifiestamente falso (Whittaker, 1978: 81; Domínguez Monedero, 1988: 716 ss; De Hoz, 1989: 30 ss).

Frente a una interpretación histórica de tan corto alcance y tan pobres resultados, pues la mayoría de estos arqueólogos no estaban familiarizados con ningún tipo de metodología histórica que no fuera la simple ordenación y exposición de los datos (arqueológicos) desde unas perspectivas fijadas de antemano y que, aunque no siempre se quisiera reconocer, acusaban aún mucha influencia de la obra de Schulten, una especie de ultrapositivismo arqueológico venía a colmar en muchos casos la ausencia de crítica histórica. Por poner un ejemplo no muy lejano, los nuevos hallazgos de cerámicas griegas en Huelva desataron una sobrevaloración arqueológica de estos datos, llegándose a afirmar la existencia de una intensa aculturación de origen helénico (Olmos y Cabrera, 1980; Olmos y Garrido, 1982) que necesitó ser muy matizada más tarde (Olmos, 1984).

Desde Schulten los arqueólogos han hecho un conciso esfuerzo por identificar primero una ciudad y luego los materiales propios de una cultura, pero no han sido muy afortunados al describir los rasgos y elementos más característicos de la misma. A su labor cabe añadir el trabajo de los filólogos en torno a las escasas noticias que la tradición literaria proporciona, así como el de los epigrafistas sobre los escasos documentos con escritura tartésica conservados. Por otro lado, las aproximaciones de los historiadores y de algún que otro antropólogo han versado muchas veces sobre aspectos concretos, vinculados frecuentemente con el problema de la "realeza" tartésica. Faltan síntesis históricas que en un tiempo no se podían hacer debido a lo escaso y parcial de la documentación obtenida, y que luego siguieron sin hacerse no tanto por problemas de documentación, que los sigue habiendo, cuanto por razones derivadas de enfoques teóricos y metodológicos; y así, prácticamente, seguimos.

## V. ¿Hacia una perspectiva multidisciplinar integrada.?

Afortunadamente desde hace algunos años asistimos a un empeño, aún ciertamente minoritario, por globalizar en un contexto cultural provisto de una dinámica interna propia todas estas informaciones sectoriales, acompañado de una práctica arqueológica menos dependiente de la tradición filogermánica y más abierta a los avances teóricos y metodológicos que este tipo de investigación ha experimentado en otros lugares, particularmente en el mundo anglosajón. Se ha iniciado así una tercera fase de los estudios

sobre Tartessos, anunciada ya en su momento por un trabajo particularmente importante de Aubet (1977-8). Desde esta nueva perspectiva de enfoque, que trata de reconstruir las estructuras propias de la sociedad tartésica, cuyos inicios ya no se buscan en la llegada de colonizadores mediterráneos sino en las culturas locales del Bronce Final (Fernández-Miranda, 1983: 847ss, 1986: 227ss), y explicar sus transformaciones no atendiendo sólo a los factores externos; una necesidad de interdisciplinariedad se viene haciendo cada vez más evidente (Wagner, 1983).

Con todo, el peso de la tendencia arqueológica dominante durante tantos años es todavía enorme, por lo que muchos de los estudios más recientes denotan aún su influencia. Se puede afirmar por ello que conviven actualmente dos planteamientos de investigación distintos: uno adscrito a la corriente dominante desde los años sesenta y que corresponde a la segunda fase o periodo de los estudios posteriores a Schulten sobre Tartessos, con sus interpretaciones esquemáticamente difusionistas y su apreciación sesgada de los procesos de cambio, y otro, aún incipiente y minoritario, como clara reacción al anterior.

Seguramente lo más conveniente para poder sopesar de modo adecuado el estado actual de la investigación en lo que se refiere no tanto al aporte documental cuanto, por el contrario, a los enfoques con que se aborda, y el peso que en ella siguen ejerciendo tanto las concepciones de Schulten en torno a una civilización compleja y políticamente desarrollada, como aquellas otras características de los periodos posteriores, incluyendo los más recientes pero poco generalizados avances en los ámbitos de las posiciones teóricas, la aplicación de nuevos criterios metodológicos y la perspectiva interdisciplinaria, sea detenerse en el análisis de las últimas publicaciones de carácter monográfico sobre el tema. Dos son fundamentalmente las obras que interesa reseñar: un extenso trabajo de Iudice Gamito (1988) y una amplia obra colectiva publicada bajo la coordinación de Aubet (1989), habida cuenta que el erudito estudio de Koch (1984) está destinado a demostrar la validez de la hipótesis que identifica el Tarsis bíblico con el Tartessos peninsular, cuestión en mi opinión ajena a los problemas que aquí tratamos, y que ya ha sido, junto con el artificioso origen de tal identificación, sucinta pero afortunadamente reseñada (Gil, 1985-6 y 1986).

Los planteamientos arqueológicos siguen siendo dominantes en ambas monografías, como es en parte lógico, si bien la obra de Iudice Gamito

alardea de un abundante uso de la terminología utilizada por los arqueólogos y antropólogos anglosajones, que no basta para soslayar sus deficiencias metodológicas y aquellas otras propias de un posicionamiento teórico que la misma autora reconoce ecléctico, ni para excusar la ausencia, siquiera para someterlas a crítica, de las particulares aportaciones que los historiadores han venido realizando hasta el momento. Claro ejemplo, una vez más, de la relegación de aquellos puntos de vista no estrictamente arqueológicos. La otra monografía, con una amplia participación de investigadores, contiene trabajos de algunos pocos especialistas ajenos a la arqueología, y presenta en conjunto un carácter desigual propio a casi todas las obras de este tipo.

Pasando ya a formular su crítica, por ver qué prevalece del enfoque tanto tiempo predominante y qué representa en ellas la aparición de nuevos puntos de vista, será conveniente hacerlo desde una óptica tanto histórica como antropológica, en parte porque estoy firmemente convencido de que la antropología cultural constituye cada vez más un valioso aliado del historiador para interpretar las sociedades pasadas, pero también porque de esta forma se apreciarán mejor las deformaciones en la interpretación impuestas por el enfoque arqueológico predominante. Permítanseme antes unas consideraciones preliminares.

## VI. Comunidad aldeana y modo de producción doméstico.

El trabajo pionero de Aubet (1979) con el que se iniciaba a finales de los setenta el tercer periodo o fase de la investigación sobre Tartessos, insiste particularmente, aunque no siempre de forma explícita, en su caracterización como una sociedad aldeana que luego evolucionó hacia un protourbanismo que no llegaría por fin, por razones aún en debate, a cuajar definitivamente en la consolidación de un estructura urbana de los asentamientos tartésicos. Se niega así, por vez primera, lo que constituía casi un axioma de toda la investigación anterior, el carácter urbano de la cultura tartésica concebida como una sociedad compleja y políticamente avanzada. Yo mismo en los inicios de la siguiente década (Wagner, 1983: 10 ss.) había expresado conclusiones similares sin un conocimiento previo del excelente trabajo de Aubet, con la que también coincidía en otros puntos de su interpretación, como el carácter parental de las comunidades

tartésicas o el impacto selectivo y desigual de la aculturación durante el "orientalizante" que afectó principalmente a las élites locales. En posteriores trabajos ambos hemos insistido en nuestros puntos de vista (Aubert, 1984; Wagner, 1986b). Personalmente considero que no existen razones de peso para abandonarlos.

Me reafirmo, pues, en el carácter aldeano de los asentamientos tartésicos que encontramos en el S.O. peninsular desde el Bronce Final hasta que se inicia la Segunda Edad del Hierro o época turdetana. Ni los más recientes descubrimientos arqueológicos ni la información literaria lo desmienten. A este último respecto, el empleo del término *polis* en autores como Hecateo o Eforo se hace siempre en un sentido muy amplio, y como advierte de Hoz (1989: 32) puede de igual modo utilizarse para designar a un centro urbano de la magnitud de Babilonia, que a uno de los *demoi* del Atica, Tórico, que aunque fortificado y con un teatro dista mucho de ser lo que entendemos por una ciudad. En este sentido, la tendencia arqueológica dominante hasta el momento no ha prestado siempre suficiente atención a los problemas de interpretación que plantea un fenómeno tan complejo como el urbanismo, ya que no se trata sólo de localizar grandes aglomeraciones de habitat concentrado aunque estén dotadas de construcciones de planta rectangular dispuestas en torno a "calles" o espacios abiertos, sino de constatar la existencia de contrastes residenciales y funcionales en el espacio que correspondan a una estratificación del yacimiento. Dicho en otros términos: la ciudad es el corolario espacial de la especialización funcional, y esto es algo que solo se documenta, y parcialmente, en Huelva donde precisamente se ha sugerido la presencia de un activo núcleo de orientales (Garrido, 1979: 39 ss).

La ausencia de excavaciones extensas en los poblados tartésicos, de los que contamos con muy pocos datos fiables en cuanto a su organización, constituye un sólido obstáculo para una valoración ajustada en un sentido estrictamente arqueológico. No afecta de igual manera, sin embargo, para una interpretación de cariz más marcadamente histórico-antropológico. Un modo de vida urbano va siempre acompañado de determinadas prácticas económicas y sociales, amén de políticas e ideológicas, más complejas que las propias de un sistema aldeano, y que pueden ser rastreadas aún sin un estudio detallado de la organización espacial de los asentamientos, lo que no quiere decir que éste resulte innecesario. Para su evaluación se precisa una metodología más eficaz que la mera cuantificación positivista. Y un

entramado teórico en el que se inserten coherentemente (sin desajustes ni distorsiones) los criterios metodológicos a emplear.

Esta huida de cualquier intento de simplificación esquemática es necesaria porque, como se insiste bien a menudo y se olvida aún más frecuentemente, la realidad es siempre más compleja que cualquier esquema que podamos imaginar, por mucho que repose sobre datos contrastados, lo que supone en nuestro caso que dentro de los procesos de cambio que afectaron a Tartessos debemos esperar encontramos con diversas tendencias que apunten a otras tantas direcciones, siendo lo importante constatar cuál de ellas es en cada momento la dominante, cuáles son los factores que operan en su base, y qué impacto ejerce sobre las demás.

Mas ocurre que la interpretación sesgada junto con una noción errónea (por modernista) del funcionamiento del entramado económico-social de las culturas antiguas, ambas tan características de la perspectiva arqueológica tanto tiempo imperante, se impone aún hoy de forma que se percibe el conjunto desde el horizonte de un solo yacimiento parcialmente conocido y que, pese a todo, se considera significativo (Fernández Jurado, 1989). Pero Tartessos no era sólo Huelva, por más que ésta constituya una de sus áreas principales y los procesos de cambio parezcan haber revestido allí una intensidad mayor que en otros sitios (Aubet, 1977-8: 96; Wagner, 1983: 27).

A la vista de todo ello, el carácter predominante (que no único) de una forma de producción doméstica, sobre la que insistiré luego, avala el punto de vista según el cual el modelo aldeano es el propio de los asentamientos tartésicos, que, por otro lado, y como ya advertía Blázquez (1975: 275), no desarrollaron una cultura especialmente compleja durante el Bronce Final. Es precisamente sobre este punto que persiste aún la idea de una notable complejidad cultural tartésica anterior a la presencia de elementos coloniales mediterráneos (Judice Gamito, 1988: 27 ss; Fernández Jurado, 1989: 350 ss.) que no reposa sobre los distintos grados de evidencia con que contamos, y que en otras ocasiones obligan al investigador a mostrarse mucho más cauto (Pellicer, 1989: 157 y 182). Poblados de cabañas, cerámicas a mano, escasa o muy localizada actividad metalúrgica, no parecen ser elementos que ayuden a definir ningún tipo realmente significativo de complejidad cultural. Por poner un solo ejemplo de cómo una interpretación puede resultar viciada por ideas preconcebidas y lagunas metodológicas, algunos anteriores trabajos de contenido histórico (Alvar, 1980a: 284 ss,

1980b: 45, 1988: 429 ss) han puesto de manifiesto la inexistencia de los periplos tartésicos y otras iniciativas marítimas en contra de lo que Iudice Gamito pretende (1988: 66) sin discusión alguna al respecto.

Por otra parte, el que las comunidades aldeanas del Bronce Final del S.O. manifiesten un crecimiento demográfico y una incipiente jerarquización interna, como sugieren las joyas y las estelas decoradas, y que se asista a un principio de relaciones y contrastes centro/periferia que tiene que ver con la distribución espacial de los recursos y las posibilidades de comunicación, no es sinónimo necesariamente de un alto grado de desarrollo tecnológico y de una compleja organización social. Parece más bien que la cuantificación acritica de unos pocos artefactos y una visión sesgada y esquemática de los procesos que tuvieron lugar durante aquel periodo ha vuelto a hacer de las suyas.

## VII. Continuidad *versus* renovación.

Por lo general el "auge" o la eclosión de Tartessos sigue concibiéndose como una respuesta a influencias culturales externas, si bien se presta cada vez mayor atención a las raíces autóctonas de tal proceso aunque aún de forma sumamente descriptiva (Serna, 1989; Caro Bellido, 1989; Clemente, 1989). Desde esta posición difusionista Iudice Gamito (1988: 43ss, 50 ss) retoma, sin demasiada fortuna, la antigua propuesta de una prioridad griega en los contactos mediterráneos con las comunidades aldeanas del Bronce Final del S.O., llegando a afirmar que un grupo de origen greco-oriental llegó a establecerse entre la población autóctona, siendo finalmente asimilado por ella, no sin haber introducido con éxito diversos elementos culturales, como los *obeloi* que ella asocia con un culto sincrético al de Hera, y que otros autores (Fernández Jurado, 1989: 358ss) estiman elementos propios de un comercio protomonetal, o la propia escritura, que no cree de origen fenicio. No es este el lugar para discutir sus argumentos, cosa que ya hice en otra parte (Wagner, 1990b) sino para resaltar ese carácter marcadamente difusionista que se une a una clara concepción del devenir histórico como progreso, tan propia del historicismo, cuando afirma (p. 134) que la demanda exterior de plata llegó a producir lo que califica como un "boom económico". De nuevo los mismos defectos de enfoque, enraizados en una deficiencia teórica que pretender situar en el

mismo plano a las sociedades antiguas y a las modernas, han vuelto a distorsionar la reconstrucción histórica.

Un acentuado difusionismo está también presente en quienes por contra, y son mayoría, identifican el apogeo de Tartessos con las consecuencias de la colonización fenicia. No obstante, y en relación con ello, supone al menos un cierto avance el que la posterior presencia comercial griega no sea juzgada ya en términos de hostil competencia (Fernández Jurado, 1989: 359). La aculturación fenicia se considera intensa, unas veces rápida (Ruiz Mata y Pérez 1989: 293) mientras que otras se matiza como paulatina (Fernández Jurado, 1989: 346ss.) pero profunda, y se insiste igualmente en que la inclusión del S.O. peninsular en el ambiente orientalizante característico por aquel entonces del Mediterráneo es un signo de "progreso", y como tal, el impacto de la presencia colonial fenicia se juzga en general positivo. Tampoco escapa a la tendencia difusionista imperante una interpretación a medio camino entre ambas (Escacena, 1989: 434ss.) que propone la llegada de colonizadores orientales básicamente no fenicios que, incluso instalados en el interior (incineraciones bajo túmulo), arrebatarían el protagonismo a la población autóctona local, muy relacionada con los círculos culturales atlánticos, que sólo lo recobraría en la posterior etapa turdetana.

Aunque el empleo del concepto de "aculturación" (Alvar, 1990; Wagner (en prensa, b) está cada vez más en boga para definir el impacto de las influencias culturales externas (griegas, fenicias u otras) sobre las comunidades locales del S.O. peninsular, no es menos cierto que en general se continúa utilizando de una manera acrítica, descuidada y apresurada (personalmente no tengo noticia de que un estudio serio y detallado sobre el alcance de la aculturación en Tartessos haya sido llevado a cabo), lo que da pie normalmente a excesivas generalizaciones, que una vez más reposan en el raquitismo metodológico de la simple cuantificación positivista, y bajo las que subyace la vieja idea de la historia como progreso necesario. En fin, que frecuentemente se confunde todavía aculturación con difusión cultural. La confusión es importante, porque mientras la aculturación es responsable de cambios en las pautas de comportamiento cultural (en su sentido más amplio) de la comunidad afectada, la difusión cultural, que es un aspecto de ella, pero que también puede darse sin aculturación, no es necesariamente inductora de tales transformaciones (Wagner, 1983: 18ss; en prensa, b).

A pesar de la persistente insistencia sobre este aspecto por parte de los arqueólogos, o de muchos de ellos (una excepción es Aubet, quien en su ya citado trabajo (1977-8) matiza mucho el alcance de la aculturación), la perspectiva historico-antropológica sugiere que la aculturación no fue tan rápida, ni generalizada, ni siempre intensa en Tartessos, y que no revistió ese carácter de "progreso" que con excesiva frecuencia se le atribuye. Como ya he expuesto mi punto de vista y mis argumentos en otro lugar (Wagner, 1986b) no insistiré mucho más en ello, pero sí quiero decir que se olvida demasiado a menudo, por no decir casi siempre, que la aculturación, como marco en que se inscriben los distintos fenómenos y procesos de interacción cultural en Tartessos, se produce en un contexto de intercambio desigual<sup>2</sup> con las implicaciones de dependencia tecnológica y económica que ello supone. La nueva "riqueza" se concentró en las élites tartésicas (Bisi, 1980: 234; Aubet, 1984: 447) reforzando de este modo la estructura jerárquica de la sociedad aldeana preexistente, lo que bastante a la larga dará lugar a una incipiente estratificación. El resto de la población no parece haberse beneficiado de la pretendida situación de despegue económico, como se manifiesta con toda claridad en el registro arqueológico, y el resultado en su conjunto parece más próximo a una desestructuración de consecuencias no tan halagueñas que a cualquier otra cosa.

También la presencia de "lujosas" manufacturas fenicias en algunos enterramientos de las necrópolis tartésicas (La Joya en Huelva constituye sin duda el caso más significativo, aunque no el único) sigue interpretándose por lo general como un síntoma de aculturación, si bien no falta quien más atinadamente matiza mucho su alcance real (Rufete, 1989: 392). De igual modo, la presencia ocasional de "servicios" funerarios en bronce que parecen imitar la vajilla funeraria común en las tumbas fenicias de la periferia colonial, se considera síntoma de una transformación del ritual, de una "orientalización" del mismo. Pero se imponen algunas consideraciones. Por un lado, la presencia de manufacturas fenicias (importadas o no) en un ambiente funerario autóctono es más un signo de ostentación que de aculturación, ya que la nueva riqueza proviene de los modelos impuestos por la cultura colonial, y en todo caso, el número de tumbas con estas manifestaciones de lujo "orientalizante" es siempre reducido en las ne-

---

2.- Este concepto, al que parecen en general ajenos los arqueólogos, es utilizado sin embargo con éxito por los historiadores (López Pardo, 1987: 410; Liverani, 1988: 144).

crópolis, lo que no aboga en favor de una aculturación generalizada. Representa, en cambio, un avance significativo el que comience a tenerse en cuenta que, ante la diversidad y complejidad de las interacciones culturales constatadas, "se hace cada día más evidente la posibilidad del desarrollo de una auténtica colonización del interior" (Ruiz, 1989: 282ss). Algo en lo que habíamos venido insistiendo unos pocos desde hace un tiempo (Whitaker, 1974; Wagner, 1983: 24ss; Belén, 1986: 274) y que últimamente ha merecido un estudio detallado (Wagner y Alvar, 1989).

En relación con todo ello, el modo de producción doméstico (Wagner, 1983: 9) continuó siendo la tendencia predominante (lo que no quiere decir que fuera la única) en la organización económica de las comunidades aldeanas tartésicas. Contrariamente a lo que todavía se pretende (Fernández Jurado, 1989:350), no existen indicios seguros de urbanismo, sino tan sólo de la sustitución de los poblados de cabañas redondas por otros de casas rectangulares. Hay un cambio, sí; pero la especialización funcional del espacio en un mismo asentamiento sólo se constata (como en Huelva y Tejada) allí donde otros indicios permiten sospechar una activa presencia colonial.

En este sentido, el ritmo de penetración de las innovaciones tecnológicas fue, se diga lo que se diga, lento, en lo que se manifiesta la resistencia al cambio de las formas de organización económica tradicionales (Wagner, 1986b: 134 ss.). Un objeto de uso tan simple y eficaz para propiciar un aumento de la producción como el torno de alfarero tardó más de un siglo en generalizarse plenamente, y el uso del hierro no llegó a estar del todo extendido hasta la posterior época turdetana. Del repertorio cerámico colonial sólo se adoptaron, para integrarlas en usos culturales propios, aquellas formas que resultaban funcionales para las comunidades receptoras. Y si bien es cierto que las innovaciones en los trabajos de minería y metalurgia se adoptaron con mayor celeridad, ello se debió fundamentalmente a que resultaban eficaces para satisfacer la demanda de metales impuesta por los colonizadores, a cambio de lo cual las élites locales reforzaban su prestigio y consolidaban su posición.

Por otra parte, la dependencia tecnológica y económica se percibe en hechos tales como el que la manufactura de los llamados broncees "orientalizantes" o tartésicos no se constata hasta que se detecta la presencia activa de los colonizadores, y que desaparezca con la crisis y posterior

reorganización de los asentamientos fenicios a finales del siglo VI a.C.; o que poblados con trazas de actividad metalúrgica, como San Bartolomé de Almonte, no proporcionen indicios de ésta hasta el momento en que se documentan por vez primera los objetos procedentes de la periferia colonial. No existen por otra parte indicios seguros de un aprovechamiento de la plata durante el período anterior a la presencia de los colonizadores (Ruiz Mata, 1989: 233) y en cualquier caso esa no es la cuestión clave, sino saber qué papel ocupaba en la economía preexistente. Por todo ello, no creo que la concentración de la riqueza en un pequeño sector social, junto con la dependencia tecnológica y económica puedan ser interpretados como síntomas de clase alguna de progreso.

Precisamente los poblados dedicados a los trabajos mineros o metalúrgicos, o ambos, y con control del acceso a los distritos mineros, presentan signos inequívocos de una organización doméstica del trabajo. Y si bien se da esta especialización funcional que los caracteriza, en contraste con otros asentamientos dedicados a las labores agrícolas, es asumible para la mayoría su carácter estacional (Ruiz Mata, 1989: 214 ss.), lo que implica una muy precaria especialización del trabajo. En las poquísimas veces que nos encontramos con un asentamiento metalúrgico que revela trazas de una importante especialización del trabajo, como es Tejada, su carácter básicamente colonial, como se puede deducir de todos los indicios (Ruiz Mata, 1989: 229; Fernández Jurado, 1989: 353) habla por sí sólo. Por sí fuera poco, cada vez parece más claro que muchos de los materiales orientalizantes que antes se consideraban de manufacturación tartésica, especialmente objetos suntuosos destinados a las élites locales como los jarros de bronce, las joyas o los marfiles, son obra en realidad de talleres fenicios occidentales ubicados en Gadir, Huelva, Carmona (Aubet, 1984: 453; Belén, 1986: 266 y 269), a lo que se suma el reconocimiento por parte de algunos investigadores (Pellicer, 1989: 157) de que la metalistería tartésica parece ser en realidad un mito creado por la erudición, habida cuenta del escaso volumen de objetos en contraste con la prodigalidad metalística de otras culturas coetáneas europeas. Todo ello dice bien poco a favor de una modificación acentuada y general del modo de producción doméstico imperante en aquella sociedad aldeana.

### VIII. A vueltas con la estratificación y el Estado.

Sólo a raíz de una confusión entre los procesos de aculturación y los fenómenos de difusión cultural, y de una metodología simplista centrada en la cuantificación acrítica, se puede seguir insistiendo en una aceptación temprana de nuevas formas de vida que llevaría a una reorganización de la sociedad tartésica en su conjunto. Y sólo desde la confusión teórica se puede considerar que un factor de semejante "progreso" radicó en la introducción de una economía de mercado regida por la ley de la oferta y la demanda (Iudice Gamito, 1988: 132 ss.; Fernández Jurado, 1989: 351 ss.). Como tampoco es este el lugar para extendernos en una discusión acerca del carácter de las economías antiguas, bastará recordar los conocidos trabajos de Finley, Polanyi o Shalins al respecto, y los más recientes de Austin y Vidal-Naquet (1986, 17 ss.), y Liverani (1988: 50 ss.), o las más específicas acerca de la naturaleza del comercio (Garnsey, Hopkins y Whittaker, 1983).

Partiendo de tales supuestos erróneos no resultará difícil de entender el que todavía se continúe insistiendo en el carácter complejo de las estructuras de poder en Tartessos, que aún se definen en ocasiones como las propias de un "reino poderoso" (Iudice Gamito, 1988: 133 ss.) con un sistema político e ideológico que se habría desarrollado desde un "estado modular" hasta alcanzar las características propias del "Estado asiático" (*ibid.*: 183). Ni que se inista, por lo general, en la presencia de una estratificación acusada que en la realidad no se documenta en lugar alguno, constatándose en cambio y mayoritariamente durante el "orientalizante" una fuerte jerarquización que dará lugar con el tiempo a una incipiente estratificación (Aubet, 1977-8: 94 ss.; 1984: 447 ss.; Wagner, 1983: 12 ss.). Pero ocurre que a los errores metodológicos responsables de considerar "compleja" la cultura aldeana local del Bronce Final, de interpretar como generalizada, rápida e intensa la aculturación, o de constatar urbanismo sobre la simple presencia de estructuras de habitat de planta cuadrangular, se añade también un desconocimiento bastante frecuente de lo que realmente es la estratificación, que incluso pretende a veces percibirse sobre la simple y exclusiva presencia de enterramientos individuales (Barceló, 1989: 205).

En tal sentido, la evidencia arqueológica más reciente (Ruiz Mata y Pérez, 1989: 292 ss.) no contradice los datos más antiguos y sugiere la

pervivencia de una sociedad estructurada fundamentalmente en torno al parentesco, que no presenta contrastes amplios en la distribución de la riqueza, si bien algunos individuos, más que grupos o sectores sociales, parecen haberse beneficiado indudablemente de un acceso diferencial a los recursos y a los bienes de prestigio. Tal es lo que se constata en la necrópolis colectiva del túmulo 1 de "Las Cumbres" (Puerto de Santa María, Cádiz), corroborando algo que ya había sido observado en otros sitios, como Setefilla (Sevilla).

Parece por otra parte evidente, al margen de lo que afirman los malévolos o los ingenuos, que cuando el Estado surge lo hace para perpetuar con medios más eficaces la estratificación existente, siendo por ende una consecuencia de ésta. No es éste, según todos los indicios, el caso de Tartessos, al menos durante el siglo VII y buena parte del VI a.C. Podría sospecharse, tal vez, unos inicios de estatalización más tardíos, hacia finales del VI a.C., pero es aquel un momento tan mal conocido que más vale abstenerse de emitir por ahora juicio alguno al respecto. Así mismo, es difícil, por no decir imposible, aceptar la idea de un Estado sin urbanismo en una sociedad sedentaria. Y como antes indiqué, no está ni mucho menos constatado el carácter urbano de las comunidades tartésicas. Tampoco estará de más recordar que no existe testimonio alguno de un uso administrativo de la escritura en Tartessos.

No es de extrañar, por consiguiente, que quienes sostienen lo contrario desconozcan, o silencien, los trabajos de otros arqueólogos e historiadores (Abad Casal, 1979: 184; Aubet, 1977-8: 150 ss.; 1984: 447 ss.; Wagner, 1983: 14 ss.; Presedo, 1986: 44 ss.; Alvar, 1986: 166 ss.) que se muestran mucho más prudentes. Ni que apoyándose otras veces en una aceptación acrítica de un conocido texto de Justino se considere al legendario Habis como el fundador real de una monarquía tartésica (Judice Gamito, 1988: 135) sin tener absolutamente en cuenta la reciente polémica entre historiadores acerca de la autenticidad histórica del documento (García Moreno, 1979; Bermejo Barrera, 1978: 215 ss.; 1982: 61 ss.; Wagner, 1986a: 218; Presedo, 1986: 48 ss.). Por lo demás, el término *basileus* que en ocasiones utilizan algunas fuentes griegas para caracterizar la estructura política de Tartessos, es siempre empleado por éstas, como hace Heródoto, en un sentido genérico muy amplio (Wagner, 1986a: 226), que, como se ha vuelto a reconocer muy recientemente (De Hoz, 1989: 32 ss.), sugiere a lo sumo una concentración personal del poder (no necesariamente un estado

organizado sobre una base territorial), pero no aclara nada sobre su legitimidad y su supuesto alcance.

### IX. Un final para Tartessos.

Si las comunidades tartésicas llegaron finalmente a integrarse en una estructura territorial de carácter regional articulada como un Estado incipiente, es algo que hoy por hoy no estamos en condiciones de contestar. Lo que sí parece más seguro es que tal cosa no sucedió, en caso de haber sucedido, hasta un momento tardío, por lo que resulta inadecuado hablar de una formación estatal en Tartessos antes y durante el "orientalizante". Creo que el término "jefatura(s)", matizado como compleja(s) o avanzada(s), pese a la discusión que todavía suscita su empleo (Wagner, 1990; Alvar, 1990), puede caracterizar satisfactoriamente su articulación política. En este sentido, Tartessos es fundamentalmente una sociedad en transición bajo el impacto de un contacto colonial prolongado y desigual cuyas consecuencias se plasman en la desestructuración.

No deja de sorprender, por ello, que aún se considere el final de Tartessos vinculado preferentemente a acontecimientos de índole externa (Escacena, 1989: 439 ss.), que si bien pudieron haber tenido alguna incidencia, lo que no está suficientemente claro, actuaron sobre el contexto de unas condiciones locales como las que acabo de aludir. Por eso resulta significativo el que comience a valorarse la existencia de unas causas internas para explicar la desaparición (si realmente es esta la palabra que debemos emplear) del mundo tartésico. El progresivo agotamiento de los filones de mineral más superficiales que concluiría, junto con la tecnología de extracción al uso, en una cada vez más escasa rentabilidad minera, es utilizado como el argumento preferente (Fernández Jurado, 1989: 360). Pero, con suponer un avance frente a las soluciones externas tan extendidas en otro tiempo y en la actualidad en franco retroceso, supone aún un excesivo esquematismo. Las crisis minero-metalúrgica fue seguramente uno de los factores que motivó la decadencia y disolución de los rasgos más característicos propios del "orientalizante"; pero probablemente tampoco fue el único, por lo que importa seguir investigando para encontrar las restantes causas que propiciaron el "fin" de Tartessos. Un final que parece plausible que afectara especialmente al segmento "orientalizante"

de la sociedad tartésica y en menor medida al resto (Plácido, Alvar y Wagner, 1991: 173).

## X. Recapitulación y propuestas.

La investigación arqueológica sobre Tartessos, dominante desde los años sesenta, una vez que se renunció definitivamente a localizar la capital del (supuesto) reino en los distintos lugares propuestos por Schulten y otros investigadores posteriores (Martín de la Torre, 1941; Pemán, 1941a y b), condicionó con su enfoque difusionista y su método positivista la gran mayoría de los trabajos que vendrían a continuación. El resultado fue una atención preferente hacia aquellos materiales arqueológicos que mejor servían para definir el "orientalizante" según la concepción en uso. Estos eran generalmente objetos de prestigio, manufacturas muy elaboradas, que sin embargo arrojaban poca o ninguna luz sobre las formas de vida del conjunto de la población tartésica (Wagner, 1983: 21). En este punto, la visión que se tenía resulta un tanto paradójica: se ensalzaba la complejidad de la cultura autóctona capaz de navegaciones atlánticas por la ruta del estaño (sin soporte en tradición local alguna) y en posesión de un destacado desarrollo de la metalurgia (aunque la base tecnológica de la comunidades del Bronce Final local fuera en su mayor parte lítica), a la par que se daba por supuesta una aceptación pasiva y "primitivista" de la cultura superior fenicia. Mientras tanto, se descuidaba las excavaciones minuciosas y en extensión de poblados y necrópolis<sup>3</sup>, y las prospecciones sobre el terreno tampoco eran abundantes. Cuando no fue así, lo que sucedió realmente muy pocas veces, los resultados se vieron en alguna ocasión ensombrecidos por la deficiente técnica de excavación empleada (aunque afortunadamente sólo en casos aislados), como ocurrió con el Carambolo (cfr. Harrison, 1989: 100), y otras por los retrasos en las publicaciones.

Consecuentemente se ha excavado muy poco en los asentamientos tartésicos, ya que, además, una preocupación predominante era la de disponer de cronologías y sus secuencias contrastadas (lo que es indispensa-

---

3.- Factores extraprofesionales relacionados con el poco dinero que se gasta en nuestro país en la investigación arqueológica, y con la forma de distribuirlo, influyeron también, y no poco, en ello.

ble pero insuficiente) por lo que proliferaron los sondeos y cortes estratigráficos. Al mismo tiempo, el positivismo arqueológico imperante, poco dado a cualquier tipo de metodología histórica, basaba la interpretación, frecuentemente sesgada y esquemática, de sus datos en muchas ideas manejadas desde los años de Schulten, sin apenas someterlas a crítica. Cuando desde mediados de los setenta historiadores y antropólogos comenzaron a realizar sus aportaciones, éstas pasaron desapercibidas en la mayoría de los casos para los arqueólogos, en general bastante reacios a no leer otra bibliografía que la que compete a su propia disciplina.

Con todo, desde comienzos de los ochenta se asiste a un cierto cambio, patente en una renuncia del difusionismo y positivismo por algunos investigadores, más abiertos a avances metodológicos ensayados con éxito más allá de nuestras fronteras. Y empieza a concebirse Tartessos no tanto desde los factores externos, como principalmente se venía haciendo desde Schulten, sino más desde la propia dinámica interna de las comunidades locales del S.O. durante el Bronce Final y el orientalizante, al tiempo que la necesidad de un amplio trabajo interdisciplinario comienza a manifestarse cada vez más evidente. Aún así, el enfoque estrictamente arqueológico predominante durante los años anteriores goza aún de mucho peso e influencia, si bien se advierte el abandono de ciertas propuestas inoperantes, como la identificación del Tarsis bíblico con Tartessos, o el enfrentamiento comercial entre griegos y fenicios en el Mediterráneo<sup>4</sup>.

A partir de ahora es preciso emprender la excavación sistemática de poblados y necrópolis tartésicas para obtener una idea más ajustada sobre la producción y organización de las gentes que los habitan, e incrementar igualmente la prospección para detectar los modos en que se ocupa el territorio y las relaciones entre los asentamientos. Una vez realizado esto y reunida la pertinente documentación, se podrá emprender un estudio riguroso de la aculturación en Tartessos, con un enfoque histórico-antropológico que tenga en cuenta la complejidad de los procesos de interacción cultural y el marco colonial, con sus relaciones desiguales, en que se insertan. De esta forma podrá constatararse el alcance real de los cambios culturales en Tartessos durante el "orientalizante" y en que manera afectaron a las

---

4.- Algo que se había constatado como erróneo tiempo atrás, y que la mayoría de nuestros arqueólogos tardaron en incorporar a sus análisis sobre la presencia comercial mediterránea en Tartessos.

distintas comunidades y segmentos sociales que lo integraban. Es necesario, también, reunir más datos sobre los últimos tiempos de Tartessos, a fin de poder llegar a comprender las causas y la dimensión real de la "crisis", de la disolución del "orientalizante". Así mismo, habrá que seguir trabajando en el desciframiento de la escritura tartésica.

Y sobre todo habrá que trascender la simple recopilación y exposición positivista, aún bastante arraigada, con la formulación de hipótesis de trabajo que contemplen los datos referentes a la ecología, la demografía, tecnología, la organización social y productiva y las instituciones (y la ideología) que habrá que reunir, y que sean susceptibles de ser contrastadas en una interpretación armoniosa (y por consiguiente no contradictoria) del aporte documental. Pero sólo será factible desde un marco teórico general (y no en ausencia de éste) y con criterios metodológicos consecuentes. Personalmente tengo preferencia por el materialismo cultural, lo que no quiere decir que no existan otras alternativas (que creo menos valiosas, pero no inútiles) susceptibles de ser aplicadas con éxito.

## BIBLIOGRAFIA

- Abad Casal, L. (1979): "Consideraciones en torno a Tartessos y el origen de la cultura ibérica". *AEspA*. 52, pp. 175-193.
- Almagro Gorbea, M. (1976): "La epigrafía orientalizante en Extremadura". *Homenaje a García y Bellido*. Madrid. Vol.I, pp. 45-59.
- (1977): *El Bronce Final y el periodo orientalizante en Extremadura*. BPH XIV. Madrid.
- Alvar, J. (1980a): *La navegación prerromana en la Península Ibérica. Indígenas y colonizadores*. Madrid.
- (1980b): "El comercio del estaño atlántico durante el periodo orientalizante". *MHA* IV, pp. 43-49.
- (1982). "Aportaciones al estudio del Tarshish bíblico". *RSF* X,2, pp. 211-230.
- (1986): "Theron, rex Hispaniae Citerioris (Macr. Sat. I, 20, 12)". *Gerión* 4, pp. 161-176.
- (1987): "La religión como índice de aculturación: el caso de Tartessos". *Atti del II Congresso Internazionale di Studi Fenici e Punici. Roma 1987*. Roma 1991, vol. I, pp. 351-356.
- (1988): "La precolonización y el tráfico marítimo fenicio por el Estrecho". *Congreso Internacional: El Estrecho de Gibraltar. Ceuta 1987*. Madrid, vol. I, pp. 429-444.

- (1989): "Tartessos-ciudad=Cádiz. Apuntes para una posible identificación". *Homenaje al profesor Santiago Montero Díaz. Anejos de Gerión II*. Madrid, pp. 295-306.
  - (1990): "El contacto cultural en los procesos de cambio". *Gerión* 8, 1990, pp. 11-27.
- Antón, F. (1941): "La ciudad de Tartessos-Tarxix. La isla de Saltés en Huelva y el imperio Ibero-Turdetano". *BolRSG*. LXXVII, p. 443-484.
- Arce, J. (1974): "La epístola 37 de S. Jerónimo y el problema de Tarsis igual a Tarshish bíblica". *Latomus* 33, pp. 943-947.
- Aubet Semmler, Ma E. (1976-78): "La cerámica a torno de la Cruz del Negro (Carmona, Sevilla)". *Ampurias* 38-40, pp. 267-287.
- (1977-8): "Algunas cuestiones en torno al periodo orientalizante tartésico". *Pyrenae* 13-14, pp. 81-107.
  - (1978): "Los marfiles fenicios del Bajo Guadalquivir. I. Cruz del Negro". *BSEAA* XLIV, pp. 33-79.
  - (1980): "Los marfiles fenicios del Bajo Guadalquivir. II. Acebuchal y Alcantarilla". *BSEAA* XLVI, pp. 15-77.
  - (1984): "La aristocracia tartésica durante el periodo orientalizante". *Opvs* III, pp. 445-468.
  - (1987): *Tiro y las colonias fenicias de Occidente*. Barcelona.
  - (Ed.). (1989): *Tartessos. Arqueología Protohistórica del Bajo Guadalquivir*. Sabadell.
- Ausejo, S. (1942): "El problema de Tartessos". *Sefarad* II,
- Austin, M. y Vidal-Naquet, P. (1986): *Economía y sociedad en la antigua Grecia*. Barcelona.
- Barceló, J.A. (1989): "Las estelas decoradas del Sudoeste de la Península Ibérica". Aubet Semmler, M.E. (Ed.). (1989), pp. 189-205.
- Bayerri, E. (1941): "En busca de la resolución del problema Tharsis-Tartessos". *BolRSG* LXXVII, pp. 736-758.

- Belén, M. (1986): "Importaciones fenicias en Andalucía Occidental". Del Olmo, G. y Aubet, M. E. (Eds.) (1985-86), pp. 263-277.
- Bendala, M. (1977): "Notas sobre las estelas decoradas del Suroeste y los orígenes de Tartessos". *Habis* 8, pp. 177-205.
- (1979): "Las más antiguas navegaciones a España y el origen de Tartessos". *AEspA* 52, pp. 33-38.
- Bermejo, J. (1978): "La función real en la mitología tartésica. Gargaris, Habis y Aristeo". *Habis* pp. 215-232.
- (1982): *Mitología y mitos de la Hispania prerromana*. Madrid, pp. 61-86.
- Bisi, A.M. (1980): "Elementi orientali e orientalizzanti nell' artigianato tartessio". *RSF* VIII, 2, pp. 225-235.
- Blanco, A. (1956): "Orientalia. Estudio de los objetos orientales y fenicios en la Península Ibérica". *AEspA* 29, pp. 3-31.
- (1960): "Orientalia II". *AEspA* 38, pp. 3-43.
- Blázquez, J.M. (1969): "Fuentes griegas y romanas referentes a Tartessos". *Tartessos. V Symposium Internacional de Prehistoria Peninsular*. Barcelona, pp. 92-111.
- (1972): *Tartessos y los orígenes de la colonización fenicia en Occidente*. Salamanca.
- (1975): *Tartessos y los orígenes de la colonización fenicia en Occidente*. Salamanca (2a edición).
- (1983): "Las liras de las estelas hispanas de finales de la Edad del Bronce". *AEspA* 56, pp. 213-218.
- (1985-6): "Los escudos con escotadura en V y la presencia fenicia en la costa atlántica y en el interior de la Península Ibérica". *IV Coloquio sobre Lenguas y Culturas Paleohispánicas = Veleia* 2-3, pp. 213-228.
- Burke, P. (1987): *Sociología e Historia*. Madrid.
- Caro Baroja, J. (1971): "La realeza y los reyes de la España antigua". *Cuadernos de la Fundación Pastor* 17, pp. 53-124.

- Caro Bellido, A. (1989): "Consideraciones sobre el Bronce Antiguo y Pleno en el Bajo Guadalquivir". Aubet Semmler, M.E. (Ed.). (1989), pp. 85-120.
- Correa, J.A. (1978): "Inscripción tartesia hallada en Villamanrique de la Condesa (Sevilla)". *Habis* 9, pp. 207-211.
- (1985): "Consideraciones sobre las inscripciones tartésicas". *III Coloquio sobre Lenguas y Culturas Paleohispánicas*. Salamanca, pp. 377-395.
- (1985-1986): "El signario tartesio": *IV Coloquio sobre Lenguas y Culturas Paleohispánicas*. Vitoria = Veleia 2-3, pp. 275-284.
- Cuadrado, E. (1956): "Los recipientes rituales llamados braserillos púnicos". *AEspA* 29, pp. 32-83.
- Cruz Andreotti, G. (1987): "Un acercamiento historiográfico al Tartessos de Schulten". *Baetica* 10, pp. 227-240.
- (en prensa): "Notas al Tartessos de Schulten: comercio y Estado". *I Coloquio de Historia Antigua de Andalucía*. Córdoba.
- De Hoz, J. (1962): "Sobre la primitiva escritura hispánica". *AEspA* 35, pp. 191-193.
- (1969): "Acerca de la historia de la escritura prelatina en Hispania". *AEspA* 42, pp. 104-117.
- (1976): "La epigrafía prelatina meridional en Hispania". *I Coloquio sobre Lenguas y Culturas Prerromanas de la Península Ibérica*. Salamanca, pp. 227-317.
- (1979): "Escritura e influencia clásica en los pueblos prerromanos de la Península". *AEspA* 52, pp. 227-250.
- (1983): "Las lenguas y la epigrafía prerromanas de la Península Ibérica". *VI Congreso de Estudios Clásicos*. Madrid, pp. 351-396.
- (1989a): "Las fuentes escritas sobre Tartessos". Aubet Semmler, M.E. (Ed.). (1989), pp. 25-43.

- (1989b): "El desarrollo de la escritura y las lenguas de la zona meridional". Aubet Semmler, M.E. (Ed.). (1989), pp. 523-587.
- Del Olmo, G. y Aubet, M. E. (Eds.) (1985-86): *Los fenicios en la Península Ibérica*. Sabadell, pp. 149-175 = *AuO* III-IV.
- Domínguez Moncedero, A.J. (1988): "Píndaro y las Columnas de Hércules". *Congreso Internacional: El Estrecho de Gibraltar*. Ceuta 1987, vol. I. Madrid, pp. 716-724.
- Escacena, J.L. (1989): "Los Turdetanos o la recuperación de la identidad perdida". Aubet Semmler, M.E. (Ed.). (1989), pp. 433-476.
- Fernández Jurado, J. (1989): "La orientalización de Huelva". Aubet Semmler, M.E. (Ed.). (1989), pp. 339-337.
- Fernández-Miranda, M. (1983): "Ambiente tartésico y colonización fenicia en el suroeste peninsular ibérico". *Atti del I Congresso Internazionale di Studi Fenici e Punici*. Roma, vol. III, pp. 847-856.
- (1986): "Huelva, ciudad de los tartesios". *AuO* IV, pp. 227-263.
- Finley, M.I. (1974): *La economía de la Antigüedad*. Madrid.
- Garbini, G. (1965): "Tarsis e Gen. 10, 4". *BeO* 7, pp. 13-19.
- García Iglesias, L. (1979): "La Península Ibérica y las tradiciones griegas de tipo mítico". *AEspA* 52, pp. 131-140.
- García Moreno, L. (1979): "Justino 44, 4 y la historia interna de Tartessos". *AEspA* 52, pp. 111-130.
- García y Bellido, A. (1956): "Materiales de Arqueología Hispano-Púnica: los jarros de bronce". *AEspA* 29, pp. 85-112.
- (1960): "Inventario de los jarros púnico-tartésicos". *AEspA* 33, pp. 44-63.
- (1964): "Nuevos jarros de bronce tartésicos". *AEspA* 37 pp. 50-80.
- Garnsey, P., Hopkins, K. y Whittaker, C.R. (Eds.) (1983): *Trade in the Ancient Economy*. Berkeley-Los Angeles.

- Garrido, J.P. (1970): *Excavaciones en la necrópolis de La Joya*, Huelva. EAE 71. Madrid.
- (1979): "Mundo indígena y orientalizante en la región del Tinto-Odiel". *AEspA* 52, pp. 39-48.
- (1973): "Presencia fenicia en el área atlántica andaluza: la necrópolis orientalizante de Huelva (La Joya)". *Atti del I Congresso Internazionale di Studi Fenici e Punici*. Roma, vol. III, pp. 857-863.
- Garrido, J.P. y Orta, E.M. (1978): *Excavaciones en la necrópolis de La Joya, Huelva. II*. EAE 96. Madrid.
- Gil, J. (1985-6): "Tarsis y Tarteso". *IV Coloquio sobre Lenguas y Culturas Paleohispánicas*. Vitoria. = *Veleia* 2-3, pp. 421-432.
- (1986): Reseña a Koch (1984), *Gerión* 4, pp. 378-380.
- Gómez Moreno, M. (1943): "La escritura ibérica y su lenguaje". *BRAH* 112, pp. 251-278.
- (1949): *Misceláneas*. Madrid, pp. 257-330.
- (1961): "La escritura bástulo-turdetana". *RABM* 69, pp. 879-950.
- (1962): *La escritura bástulo-turdetana*. Madrid.
- Harrison, R.J. (1989): *España en los albores de la Historia*. Madrid.
- Judice Gamito, T. (1985-6): "Social and Economic Complexity in SW Iberia (800-500 BC)". *IV Coloq. len. y cult. paleohispánicas*. Vitoria = *Veleia* 2-3, pp. 449-467.
- (1988): *Social Complexity in Southwest Iberia 800-300 B.C. The case of Tartessos*. *BAR International Series* 439. Oxford.
- Koch, M. (1984): *Tarschisch und Hispanien*. *MF* 14. Berlín.
- Kukahh, E., y Blanco, A. (1959): "El tesoro del Carambolo". *AEspA* 32, pp. 38-49.
- Liverani, M. (1989): *Antico Oriente. Storia, società, economia*. Roma-Bari.

- López Pardo, F. (1987): *Mauritania Tingitana: de mercado colonial púnico a provincia periférica romana*. Madrid.
- Luzón, J.M. (1962): "Tartessos y la Ría de Huelva". *Zephyrus* 13, pp. 10-43.
- Liobregat, E. (1976-8): "Orígenes de la cultura ibérica en Contestania". *Ampurias* 38-40, pp. 61-74.
- Maluquer, J. (1960): "Nuevas orientaciones al problema de Tartessos". *I Symposium Internacional de Prehistoria Peninsular*. Pamplona, pp. 273-300.
- (1969a): "Introducción al problema de Tartessos". *Tartessos. V Symposium Internacional de Prehistoria Peninsular*. Barcelona, pp. 1-6.
- (1969b): "Tartessos y su 'historia'". *Tartessos. V Symposium Internacional de Prehistoria Peninsular*. Barcelona, pp. 389-397.
- (1972): *Tartessos. La ciudad sin historia*. Barcelona. - (1985): *La civilización de Tartessos*. Granada.
- Martín de la Cruz, J.C. (1989): "El Bronce en el valle medio del Guadalquivir". Aubet Semmler, M.E. (Ed.). (1989), pp. 121-143.
- Martín de la Torre, A. (1941): *Tartessos*. Sevilla.
- Martínez Navarrete, Ma I. (1989): *Una revisión crítica de la prehistoria española: la Edad del Bronce como paradigma*. Madrid.
- Mata Carriazo, J. de (1970): *El tesoro y las primeras excavaciones en el Carambolo*. Madrid.
- (1973): *Tartessos y el Carambolo*. Madrid.
- Montenegro, A. (1970): "Los Pueblos del Mar en España y los orígenes históricos de Tartessos". *BSEAA XXXVI*, pp. 237-256.
- Niemeyer, H.G., Pellicer, M. y Schubart, H. (1964): "Eine Altpunische Kolonie am Rio Velez". *AA III*, pp. 476 ss.
- (1969): *Toscanos. La factoría paleopúnica en la desembocadura del río Velez*. *EAE* 64. Madrid.

- Olmos, R. (1986): "Los griegos en Tartessos: replanteamiento arqueológico-histórico del problema". *Homenaje a Luis Siret*. Sevilla, pp. 584-600.
- (1989): "Los griegos en Tartessos: una nueva contrastación entre las fuentes arqueológicas y las literarias". Aubet Semmler, M.E. (Ed.). (1989), pp. 495-518.
- Olmos, R. y Cabrera, P. (1980): "Un nuevo fragmento de Clitias en Huelva". *AEspA* 53, pp. 5-14.
- Olmos, R. y Garrido, J.P. (1982): "Cerámica griega en Huelva. Un informe preliminar". *Homenaje a Saénz de Buruaga*. Badajoz, pp. 243-259.
- Parzinger, H. y Sanz, R. (1986): "Zum ostmediterranean ursprung einer gürtelhakenform der iberischen Halbinsel". *MM* 27, pp. 169-194.
- Pellicer, M. (1962): *Excavaciones en la necrópolis púnica 'Laurita' del Cerro de San Cristóbal (Almuñecar, Granada)*. EAE 17. Madrid.
- (1969): "Las primeras cerámicas pintadas andaluzas y sus problemas". *Tartessos. V Symposium Internacional de Prehistoria Peninsular*. Barcelona, pp. 291-310.
- (1976): "Historiografía tartésica". *Habis* 7, pp. 229-240.
- (1979-80): "Ensayo de periodización y cronología Tartesia y Turdetana". *Habis* 10-11, pp. 307-332.
- (1989): "El Bronce Reciente y los inicios del Hierro en Andalucía occidental". Aubet Semmler, M.E. (Ed.). (1989), pp. 147-187.
- Pellicer Catalán, M., Niemeyer, H. G. y Schubart, H. (1966): "La factoría paleopúnica en la desembocadura del río Algarrobo (Málaga)". *IX CNA. Valladolid 1965*. Zaragoza, pp. 246-249.
- Pemán, C. (1941a): *El paisaje tartésico de Avieno*. Madrid.
- (1941b): "El estado actual de la cuestión tartésica". *BoIRSG* LXXVII, pp. 485-490.

- Pérez Prendes, J.M. (1974): "El mito de Tartessos". *RO* 134, pp. 183-204.
- Pérez Rojas, M. (1969): "El nombre de Tartessos". *Tartessos. V Symposium Internacional de Prehistoria Peninsular*. Barcelona, pp. 375-6.
- (1986): "Epigrafía tartésica". *RA. Tartessos* (extra no 1), pp. 74-81.
- Polanyi, K. (1968): *Primitives, Archaichs and Moderns Economies*, New York.
- Polanyi, K., Aremberg, C.M. y Pearson, H.W. (1978): *Comercio y mercado en los imperios antiguos*. Barcelona.
- Presedo, F. (1986): "La rcaleza tartésica". *RA. Tartessos* (extra no 1), pp. 44-57.
- Plácido, D., Alvar, J. y Wagner, C.G. (1991): *La formación de los estados en el Mediterráneo Occidental*. Madrid
- Rufete, P. (1989): "La cerámica con barniz rojo de Huelva". Aubet Semmler, M.E. (Ed.). (1989), pp. 375-394.
- Ruiz, M.M. (1989): "Las necrópolis tartésicas: prestigio, poder y jerarquías". Aubet Semmler, M.E. (Ed.). (1989), pp. 247-286.
- Ruiz Mata, D. (1989): "Huelva: un foco temprano de actividad metalúrgica durante el Bronce Final". Aubet Semmler, M.E. (Ed.). (1989), pp. 209-243.
- Ruiz Mata, D. y Pérez, C. (1989): "El túmulo 1 de la necrópolis de 'Las Cumbres' (Puerto de Santa María, Cadiz)". Aubet Semmler, M.E. (Ed.). (1989), pp. 287-295.
- Sahlins, M.D. (1972): *Las sociedades tribales*. Barcelona.
- (1977): *Economía de la Edad de Piedra*. Madrid.
- Sánchez Jiménez, F. y Cruz Andreotti, G. (1988): "A. Schulten y los etruscos". *StHist* VI, pp. 27-35.
- Schulten, A. (1924): *Tartessos*. Madrid.
- (1954): *Tartessos*. Madrid (2a edición).

- Serna, M.R. (1989): "El vaso campaniforme en el Valle del Guadalquivir". Aubet Semmler, M.E. (Ed.). (1989), pp. 47-84.
- Tackholm, U. (1965): "Tarsis, Tartessos und die Säulen des Herakles" *OpRom* 5, pp. 143-160.
- (1969): "El concepto de Tarsich en el Antiguo Testamento y sus problemas". *Tartessos. V Symposium Internacional de Prehistoria Peninsular*. Barcelona, pp. 79-90.
- (1974): "Neue Studien zum Tarsis-Tartessos problem". *OpRom* 10, pp. 41-57.
- Tovar, A. (1964): "Tartessos en la historia y en la epigrafía". *Actas del II Congreso de Estudios Clásicos*, pp. 596-601.
- (1969): "El oscuro problema de la lengua de los tartesios". *Tartessos. V Symposium Internacional de Prehistoria Peninsular*. Barcelona, pp. 341-346.
- Tsirkin, Y.B. (1986): "The Greeks and Tartessos". *Oikumene* 5, pp. 163-171.
- Tyloch, W. (1978): "Le problème de Tarsis à la lumière de la philologie et de l'exégèse". *Deuxieme Congrès International d'Etude des Cultures de la Méditerranée Occidentale*. Alger, pp. 46-51.
- Untermann, J. (1975): *Monumenta Linguarum Hispanicarum*. I. Wiesbaden.
- Wagner, C.G. (1983): "Aproximación al proceso histórico de Tartessos". *AEspA* 56, pp. 3-36.
- (1986a): "Tartessos y las tradiciones literarias". *RSF XIV*, 2, pp. 201-228.
- (1986b): "Notas en torno a la aculturación en Tartessos". *Gerión* 4, pp. 129-160.
- (1987): "Fenicios y cartagineses en la Península Ibérica. A propósito de una publicación reciente". *Gerión* 5, pp. 317-344 (reseña a Del Olmo, G. y Aubet, M. E. (Eds.), 1985-86).
- (1990): "La jefatura como instrumento de análisis del historiador. Cuestiones teóricas y metodológicas". *Espacio y organización social*. Madrid, pp. 91-108.

- (1990b): "Judice Gamito, T.: *Social Complexity in Southwest Iberia 800-300 B.C. The case of Tartessos*. BAR International Series 439. Oxford, 1988", reseña en TP 47, 1990, pp. 394-406.

- (1990c): "Writing and problems of acculturation in Tartessos". *Phoinikeia Grammata*. Lieja.

- (en prensa): "Metodología de la aculturación. Consideraciones sobre las formas del contacto cultural y sus consecuencias". *Homenaje a J.M. Blázquez*.

Wagner, C.G. y Alvar, J. (1989): "Fenicios en Occidente: la colonización agrícola". *RSF* XVII, 1, pp. 61-102.

Whittaker, C.R. (1974): "The Western Phoenicians: Colonization and Assimilation". *PCPhyS* 200 (ns 20), pp. 58-79.

- (1978): "Carthaginian Imperialism in the Fifth and Fourth Centuries". F. Garasey-C.R. Whittaker (Eds.). *Imperialism in the Ancient World*. Cambridge, pp. 59-90.

# EL PROCESO DE TRANSFORMACION DE LAS SOCIEDADES INDIGENAS DE LA PERIFERIA TARTESICA

*Manuel Carrilero Millán*

*Campus Universitario de Almería*

## I. Introducción.

Pretendemos con este trabajo indagar sobre el proceso de transformación social que experimentan las poblaciones postargáricas del Bronce Final en la Alta Andalucía y el Sureste, que no es otra cosa que el paso de sociedades basadas en el dominio de las relaciones de parentesco a sociedades jerarquizadas y de clases como son los estados ibéricos. Se trataría pues de una oscilación multilineal que se produce con la crisis del mundo argárico y la aparición de comunidades no cohesionadas entre sí bajo forma política alguna.

El espacio geográfico incluiría en este estudio el territorio del Sur peninsular periférico a la formación social que denominamos tartésica, por tanto al tratarse de un territorio tan amplio nos vemos obligados a ceñirnos a zonas concretas como el Sureste, la Serranía de Ronda y la campiña de Córdoba, sitios donde hemos realizado trabajos de campo, para dar una visión contrastadora y general de la dinámica de estas sociedades.

El análisis engloba las perspectivas sincrónica y diacrónica de las sociedades que estudiamos para comprobar las variantes que se producen y

los mecanismos que las generaron. Según nos dice J. Friedman (1977:182) dentro de esta perspectiva la historia es incorporada al campo del análisis en vez de quedar relegada en el mismo; de tal manera que el flujo de los acontecimientos deja de existir como un fenómeno autónomo ya que éste puede ser derivado de las cualidades del propio sistema de reproducción social.

Hecha esta declaración de intenciones previa pasamos a realizar un breve estudio historiográfico sobre los autores que han incluido estas zonas en sus obras y vamos a distinguir diversas fases en la historia de la investigación con características peculiares cada una que vienen dadas por los modelos de racionalidad científica utilizados en sus investigaciones, siguiendo la periodización de M. Picazo y M.E. Sanahuja (1987: 22 ss.).

## II. La escuela tradicional.

En primer lugar englobamos al grupo de investigadores de finales del siglo XIX y primera mitad del XX que denominamos convencionalmente tradicionales. En este apartado se incluye Luis Siret y sus obras relacionadas con el Sureste de la Península, donde da a conocer distintas necrópolis: Qurénima, Caldero de Mojácar, Parazuelos y Barranco Hondo, así como hallazgos sueltos de Los Millares, Arroyomolinos en Jaén y Campotéjar en Granada (Siret y Siret, 1890). En sus primeras obras *L'Espagne préhistorique* (1893) y *Las Edades del metal...* (1890), Siret mantiene que el final de la Edad del Bronce, para él la cultura de El Argar, es destruida y desaparece por la invasión de un pueblo nuevo. Esto explicaría la escasa existencia de restos de esta época: algunas hachas de talón y las sepulturas de las necrópolis donde se dan incineraciones e inhumaciones así como urnas con huesos y objetos de adorno de ajuar; él las puso en relación a nivel cronológico con las necrópolis fenicias que había excavado en Villaricos y que consideraba de la Edad del Hierro.

Luis Siret sostenía que la Península Ibérica había sido un lugar donde desde la Prehistoria reciente habían afluído numerosos pueblos europeos y mediterráneos atraídos por sus riquezas mineras. En obras posteriores, (1913: 333) rectificó la atribución de algunos de sus hallazgos y los consideró del Bronce Final o comienzos del Hierro Antiguo. Tras la

floreciente cultura argárica los cambios más importantes que se van a producir en el Sureste son:

1. Abandono de las acrópolis argáricas, ocupación de lugares fácilmente accesibles y escasez de restos documentados.

2. Cambio de ritual funerario: inhumación por incineración.

3. Proliferación de depósitos y escondrijos de objetos de metal.

4. Aparición de auténtico bronce, lo que implica un progreso considerable a nivel técnico. Las necrópolis descubiertas en el Sureste son atribuidas al final de la Edad del Bronce y a una cultura local que sitúa entre El Argar y la cultura ibérica (1913: 408).

El investigador catalán P. Bosch Gimpera (1935: 23-24) también se interesó por este tema y atribuyó las necrópolis de incineración del Sureste a influencias de los campos de urnas del Noreste peninsular. Pero al darles una cronología relativamente baja, siglos VII-VI a.C., dejaba un vacío muy amplio entre el final del Argar y el inicio de las incineraciones. Este vacío fue intentado llenar por distintos hallazgos metálicos de escondrijos del Bronce Final, pero la falla cronológica existente era muy amplia.

Tras estos intentos de Siret y Bosch se propusieron distintos modelos explicativos a este periodo aún por definir en el Sureste que podemos sintetizar en dos, siguiendo el trabajo de M. Picazo y E. Sanahuja (1987: 22-23).

1). El modelo más aceptado, que combina tres variables relacionadas entre sí pero con distinto valor según los autores:

a) Perduración del Argar durante parte del I milenio.

b) Penetración de elementos étnicos y materiales de la Europa continental, ya sea de procedencia de los Túmulo, ya sea de los campos de urnas.

c) Impacto provocado por contactos con los colonizadores fenicios.

Las consecuencias de estas relaciones serían la formación de la cultura ibérica. A partir de estos momentos se tenía una concepción inductiva de la investigación según la cual hablaban los hechos, o en este caso los datos. Por ejemplo J. Martínez Santa-Olalla dedujo de unos fragmentos de cerámica

de boquique y excisión, que documentaban el asentamiento de pueblos europeos de la Cultura de los Túmulos en el Sureste, estos habían penetrado en el I milenio a.C. en la Península unificándola en una cultura del Bronce Atlántico a la que sucede o sobre la que incide la primera Edad del Hierro (1947:155).

En cambio, para M. Almagro Basch las necrópolis de incineración del Sureste serían una prueba palpable de la conquista y asimilación céltica de la zona, concretamente del periodo Hallstatt D, que había acabado con la cultura argárica en el siglo VIII a.C. (1952: 204-206).

Maluquer de Motes por su parte no comparte las opiniones de Almagro y relaciona las incineraciones del Sureste no con los campos de urnas catalanes sino con los grupos del Ebro Medio, con poblados como el de Cortes de Navarra que él había estudiado. Las fechas que da son del siglo VII a.C. ya que sostenía que primero existe una proyección de estos grupos hacia la Meseta y desde aquí al Sureste (1955: 250 ss.)

2) El segundo modelo explicativo lo dio E. Macwhite (1951: 129), cuando tras criticar a Santa-Olalla sostiene una perduración de la cultura argárica sobre la que incidirían los colonizadores orientales descartando el llamado Bronce Atlántico, las influencias hallstáticas o los campos de urnas en el Sureste y Levante peninsular. Según este autor El Argar perdura hasta la plena iberización.

Por último, Maluquer intentó explicar en su obra sobre Tartessos la ascensión del valle bajo del Guadalquivir con el nacimiento de Tartessos y el retroceso que conoce el Sureste, sosteniendo que tras los ensayos de aleaciones arsenicales con la introducción del estaño, las zonas occidentales de la península adquirieron un interés renovado y lentamente el foco cultural del Sureste se traslada al Suroeste. La explicación sería que, aunque las riquezas de cobre y plata del Sureste era de igual importancia que la del valle del Guadalquivir, sin embargo esta zona se encontraba más cercana a los criaderos de estaño occidentales. Debido a esta razón puramente económica la cuenca del Guadalquivir se convierte en foco de atracción aumentando su población en detrimento del Sureste (1970:55).

La coherencia de esta teorías que hemos expuesto a pesar de la variabilidad de posiciones y tendencias, viene dada por sus criterios de racionalidad, contruídos sobre una noción de certeza según la cual sólo

sería verdadero lo observable y unos criterios normativos de satisfacción de ésta. En consecuencia, la metodología que guía a estas investigaciones es una metodología historicista caracterizada por prácticas subjetivas que utiliza el difusionismo como modelo explicativo del cambio cultural. Puesto que sólo es verdad lo observable, al no existir criterio de cantidad alguno, la especulación como hemos visto llega a límites insospechados; a veces la falta de evidencias sirve de argumento para prolongar una cultura (caso de Macwhite) o unos fragmentos cerámicos sirven para documentar un pueblo (Santa-Olalla).

La consecuencia es un modelo historicista en que raza y cultura se identifican y la carencia de documentación es aprovechada para todo tipo de especulaciones. A nivel antropológico esta tendencia antievolucionista ha recibido el nombre de Particularismo Histórico y su estrategia en la investigación es una estrategia inductiva estrecha que va de la observación y descripción de los datos a la interpretación de los mismos por medio de la inducción. En esta tendencia no existe teoría previa que guíe la recogida de datos en el registro arqueológico, ya que es la acumulación de datos y el propio registro el que dará esta teoría y explique la historia (Martínez Navarrete, 1989: 18-20).

### III. El modelo empirista: la investigación en los 60 y los 70.

La siguiente fase de la investigación comprende la década de los 60 y la de los 70 en que con una mayor documentación basada en las excavaciones arqueológicas se creará un marco cronológico y cultural a los grupos "protohistóricos" del Sur peninsular, pero el modelo explicativo basado en el Particularismo Histórico y el difusionismo seguirá vigente.

Los profesores W. Schüle y M. Pellicer emprendieron excavaciones en el Cerro del Real de Galera al tiempo que el Departamento de Prehistoria de la Universidad de Granada iniciaba excavaciones en Cuesta del Negro, Monachil, Cerro de los Infantes y Cerro de la Mora en tierras granadinas, y Cabezuelos en Jaén. Por su parte, C. Martínez Padilla y su equipo excavaban el Peñón de la Reina en Alboloduy (Almería), al tiempo que el Instituto Arqueológico Alemán descubría los asentamientos fenicios más antiguos en la costa de Málaga. A este panorama se une la excavación de la necrópolis de Villaricos, los sondeos en Abdera y los primeros symposia

y congresos dedicados a Tartessos, las colonizaciones y la formación el mundo ibérico en general.

En este periodo de tiempo se va clarificando bastante el panorama, al menos a nivel arqueográfico (secuencias culturales, estratigrafías, etc.) aunque a nivel metodológico sigue sin aparecer una teoría consciente y explícita que guíe la práctica arqueológica. De ahí que la inducción como modelo de análisis se apoye en la difusión como modelo explicativo y se hable de precolonización, aculturación, pueblos pastores de la Meseta, influencias y relaciones no concretadas más que en fósiles guía, fundamentalmente cerámicas y una dependencia casi total del Sureste y Alta Andalucía del área de Tartessos o de los colonizadores orientales.

En este sentido los estudios de este periodo estuvieron encaminados a documentar estratigráficamente las fases o periodos históricos que se sucedían desde el final del Argar hasta la cultura ibérica. Así por ejemplo en el Cerro del Real se distinguieron dos fases postargáricas: Real I (1000-850 a.C.), la aparición de cerámicas bruñidas hizo relacionar este horizonte con el Bajo Guadalquivir; Real II (850-700 a.C.), horizonte protoibérico con las primeras cerámicas a torno (Pellicer y Schüle, 1966).

F. Molina González (1978: 199) realizó sus tesis de doctorado sobre el Bronce Final de la Alta Andalucía y propuso la siguiente periodización:

**Bronce Final I. (Antiguo).** Sucede al periodo convencional Bronce Tardío y se documenta en Monachil y Cerro del Real así como en algunas tumbas de incineración que Luis Siret encontró en Almería. Las fechas propuestas son 1100-850 a.C. y las características arqueográficas son fragmentos de Cogotas I, fuentes carenadas y brazaletes abiertos de bronce. Aparece el ritual de incineración que precede en dos siglos al de los colonizadores fenicios; en cambio las fíbulas de codo, el hacha de apéndices laterales y los escudos con escotaduras en V proceden del Mediterráneo Oriental: la fíbula de Palestina, las hachas de apéndices laterales de prototipos hititas y las hachas de talón serían de producción atlántica. Se mantiene pues una serie de rasgos de procedencia diversa para este momento histórico.

**Bronce Final II. (Pleno).** Documentado en Monachil, Cerro del Real, Cerro de los Infantes y la necrópolis de Los Patos en Linares, se fecha entre 850 y 750 a.C. y está caracterizado por la desaparición de las

cerámicas de Cogotas y la existencia de cerámicas con decoración pintada y cerámicas decoradas con retícula bruñida y con incrustaciones de bronce. Se establece pues un parecido formal con la cultura tartésica del Bajo Guadalquivir debido a su influencia a través de la vía de comunicación que supone el río. Los tipos metálicos más representativos serían las espadas de lengua de carpa que se inician en el siglo IX y las de tipo Sa Idda de Daíñas y Alboloduy.

Bronce Final III (Reciente). Se documenta en el Cerro de la Encina e Monachil, Cerro del Real y Los Saladares entre 750 y el 600 a.C. Se caracteriza por las primeras cerámicas a torno que demuestran las influencias de las colonias fenicias de la costa mediterránea peninsular.

Destaquemos también la periodización de M. Almagro Gorbea (1986: 343) realizada recientemente en una obra de síntesis que continúa con el mismo modelo que estamos analizando:

Postargárico o Bronce Tardío (1350-1200 a.C.).

Bronce Final del Sudeste y Atlántico (1200-900 a.C.).

Protoorientalizante (900-740 a.C.).

Tartésico Orientalizante (740-570 a.C.).

Estas fases están caracterizadas por una serie de elementos materiales como son las influencias de Cogotas, de los Campos de Urnas o de los fenicios y griegos.

Por su parte O. Arteaga propuso una periodización más pormenorizada de la Alta Andalucía, Levante y Sureste apoyándose en sus propias excavaciones realizadas en esta zona (1982: 155). Tras la fase Bronce Tardío que engloba tanto el final del mundo argárico como el inicio del postargárico pasamos a ver los periodos siguientes que se hacen corresponder con horizontes culturales determinados por el mundo colonial fenicio y su influencia en el mundo indígena que crea la cultura ibérica:

Bronce Final Antiguo. Epoca Oscura (1000-900 a.C.)

Bronce Final Pleno. Horizonte Precolonial (900-825 a.C.)

Bronce Final Reciente. Horizonte Preibérico (825-725 a.C.)

Hierro Antiguo I, II y III. Horizonte Protoibérico (725-580 a.C.)

Hierro Segundo I, II y III. Horizonte Ibérico Antiguo, Pleno y Tardío (580-180 a.C.)

En los tres casos expuestos se trata de una aproximación cronológico-cultural referida a la periodización protohistórica del Sur peninsular, apareciendo ésta como un fin en sí misma. Así pues se trata de modelos empiristas entendiéndolos como el paso de la observación directa o la obtención de datos a la interpretación de los mismos, sin mediar una previa concepción epistemológica consciente que guiara esa recogida. En consecuencia estamos ante un claro idealismo positivista que pretende hacer generalizaciones a partir de los datos, constituyendo éstos el punto de partida, cuando en realidad los datos a nuestro entender son un proceso de síntesis, es decir, un resultado, o mejor, un punto de llegada (Cabo, 1988: 36).

Según Vicent (1982: 22) se inaugura así una etapa de confusionismo teórico-metodológico que aun perdura en la investigación, procedente del uso de categorías arqueológica puramente taxonómicas como instrumentos interpretativos de rango teórico. El ejemplo más evidente de esta situación es la imposibilidad de distinguir en este tipo de periodizaciones lo que son periodos tipológicos de verdaderas fases culturales o históricas, manejándose las clasificaciones tipológicas como si se tratase de fases culturales.

#### IV. Los nuevos modelos.

A partir de finales de la década de los 70 y comienzos de los 80 se inicia otra etapa en la investigación centrada en los procesos de cambio social, o dicho de otra manera, en el problema fundamental que tiene planteado de siempre la Prehistoria y su estudio de las sociedades primitivas: el cambio cultural. En este sentido se están llevando a cabo algunos proyectos de investigación centrados en la problemática de las sociedades protohistóricas del Bronce Final y su transformación en sociedades de clase, urbanas y estatales como sería la formación social ibérica. De estos proyectos es sin duda el de las campañas occidentales de Jaén dirigido por A. Ruiz y M. Molinos el que más repercusiones está teniendo al ofrecernos

un modelo de análisis explicitado con una lectura de evolución del patrón de asentamiento y las relaciones hombre-hombre y sus contradicciones como motor de este proceso.

En las campañas occidentales de Jaén se ha definido el proceso en términos crono-espaciales, distinguiéndose desde el siglo VII a.C. dos áreas de poblamiento diferenciadas:

a) Una en la vega del Guadalquivir con grandes *oppida* (más de 20 hectáreas) y asentamientos rurales en llano de escasa extensión.

b) Otra en la campiña que presenta sólo el *oppidum* como único sistema de organización territorial. Asociado a éste surgen en el siglo VI a.C. las torres y la construcción de algunas fortificaciones como Puente Tablas (Ruiz y Molinos, 1989: 130-131).

Las diferencias entre ambos patrones de asentamiento reflejarían dos modelos político-económicos distintos. Por un lado el modelo estatal tartésico reflejado en la ocupación de la vega del Guadalquivir, y por otro el modelo estatal de la campiña, que indica un modelo propio, ajeno al centro, creando una frontera cadena a base de torres. Esta frontera política está bien estructurada para sus lados Norte y Este (con el río Guadalbullón como límite) y para su zona Sur por la cadena de sierras, pero queda abierta en su lado Oeste, es decir con la actual campiña oriental de Córdoba, donde el modelo de ocupación existente es exactamente igual que el de la vega del Guadalquivir jienense.

Queremos plantear aquí una serie de problemas que nos sugiere el modelo analizado en la campiña occidental de Jaén. En primer lugar el proceso de formación de los *oppida* que existen en la campiña y vega del Guadalquivir queda sin explicitar, ya que el modelo está constituido desde, al menos, finales del siglo VII a.C. Por lo tanto, no queda suficientemente claro si el modelo de "estado" aristocrático tiene su lectura espacial en los *oppida* del siglo VII o si éste se formaliza a partir de la constitución del sistema de torres tipo Cazalilla (Ruiz et alii, 1983) y el sistema de fronteras antes señalado, es decir, ¿este estado surge cuando se desvincula de Tartessos, creando su propio modelo en el siglo VI a.C., o más bien éste ya existía desde el siglo VIII integrado en la esfera de Tartessos, del que ahora se desvincula?.

En cualquiera de los casos, el modelo de estado sólo queda explicado en parte ya que no está suficientemente claro si éste se basa en un territorio

político amplio integrado por la mayor parte de los *oppida* de la campiña occidental, lo que implicaría la existencia de un centro político principal, si cada *oppidum* constituye un estado independiente con su propio territorio y su propio sistema de defensa (*turris*) o si existen varios estados integrados por un número variable de *oppida* con fronteras más o menos definidas y centros políticos principales. Al faltar este tipo de matizaciones, la frontera señalada entre la vega y la campiña no define ninguna de las estructuras políticas constituidas a ambos lados y queda sin aclarar todo el flanco Oeste que enlaza con la campiña de Córdoba.

Pero el modelo de patrón de asentamiento propuesto para Jaén se continúa en Córdoba aunque con algunas matizaciones que vamos a destacar. En primer lugar el patrón de asentamiento en esta zona a lo largo de los siglos VIII-VI a.C. indica una presencia de asentamientos rurales con la particularidad de que esta presencia es especialmente notoria en las tierras colindantes con la campiña occidental de Jaén con un total de 30 yacimientos (Morena, 1990: 471-486) y con un grupo numeroso entre Torreparedones-Cabezo de Córdoba y valle del Guadajoz (Carrilero, en prensa). Es decir, una gran parte de estos asentamientos se localizan en el valle del Arroyo Salado de Porcuna, concretamente en su afluente izquierdo, el Arroyo del Algarbe, por lo tanto se abre una discontinuidad en el patrón de asentamiento entre aquella zona y ésta difícil de comprender, más cuando observamos que algunos de estos asentamientos rurales empiezan a documentarse en la propia campiña occidental de Jaén (Ruiz et alii, 1987: 139-147).

Por otro lado, la aparición de fuertes muralias en los centros orientalizantes de la campiña -sólo pretendemos señalar con "orientalizante" un marco temporal convencional que abarca desde finales del siglo VIII hasta el siglo VI a.C.- indica al menos para el caso del único centro excavado de la campiña de Córdoba, Torreparedones (Cunliffe y Fernández, 1987: 199), que este hecho tiene lugar a mediados del siglo VI a.C. y para el caso de Puente Tablas también (Ruiz, 1987: 12), lo que de momento deja en el aire al menos desde un punto de vista formal, la existencia de *oppida* durante el siglo VIII-VII a.C.

Finalmente, y a nivel puramente teórico, compartimos la idea de que el *oppidum* sea el centro político, social y económico desde donde se dirige la economía del territorio que se explota y citando a A. Ruiz (1987: 14) "la ciudad por tanto sólo es definible cuando lo es su territorio político, es

decir, cuando jerarquías políticas y económicas entre asentamientos, articulaciones funcionales (estratégicas o de otro tipo) y compensaciones son asequibles en la lectura del patrón de asentamiento, lo que viene a corroborar que el excedente, la división del trabajo y el no productor deben de existir paralelamente a la representación espacial urbana. Es decir, sólo la estructura de estado y en consecuencia la ruptura de las relaciones segmentarias entre asentamientos hace posible la existencia de la ciudad". Este planteamiento teórico que supera los criterios idealistas y subjetivos que definían la ciudad atendiendo a criterios múltiples (gran tamaño, urbanización, existencia de edificios públicos, etc.) sólo es constatable arqueológicamente en las campiñas de Jaén y por extensión de Córdoba a partir del siglo VI a.C. No obstante, el cambio de las estructuras sociales puede tener una lectura no materializada inmediatamente en el registro arqueológico necesitando pues un periodo de acoplamiento, así como también es posible que el fenómeno que estamos describiendo sea anterior en un siglo a nuestra propuesta, pero esto depende más de un afinamiento en las cronologías barajadas que de una lectura teórica distinta.

#### V. Aproximación a los grupos protohistóricos de la periferia tartésica.

Hechas estas aclaraciones previas pasamos a hacer una aproximación a los grupos protohistóricos de la periferia tartésica en la Campiña de Córdoba, el Sureste peninsular y la Serranía de Ronda como ejemplo de los procesos de cambio social en estas poblaciones.

#### La Campiña de Córdoba

Partiendo de unos presupuestos teóricos basados en el materialismo histórico hemos realizado una lectura paralela del registro arqueológico de las campiñas del valle medio del Guadalquivir, al Sur de Córdoba, en relación con el periodo convencional orientalizante y con la formación de los *oppida* ibéricos.

Así pues entre los siglos VIII y VI a.C. proliferan por las llanuras de la campiña una serie de asentamientos siempre inferiores a una hectárea en

las tierras más productivas de la misma y cercanos a fuentes de agua. En total conocemos una veintena de estos yacimientos en las cercanías de Castro del Río, aunque como hemos visto, prospecciones realizadas al Norte del valle del río indican que este tipo de asentamientos es mayoritario en amplias zonas de la Baja Campiña cordobesa (Morena, 1990). Estas aldeas de escasa extensión y aparentemente sin amurallar, contrastan con los grandes poblados orientalizantes que existen en la Campiña: Ategua, Torreparedones, Castro del Río, Izcar y Espejo. También hemos observado que el material cerámico procedente de estos lugares contiene gran cantidad de cerámicas a mano y tipos que raramente pueden fecharse en el siglo V a.C. De ahí que hayamos propuesto un abandono de los mismos a lo largo del siglo VI, periodo que coincide con el amurallamiento de los grandes núcleos orientalizantes y el consiguiente cambio del patrón de asentamiento.

Nuestra propuesta de este proceso en la Campiña de Córdoba supone entender a estos grupos orientalizantes como sociedades no de clases, inmersas en un territorio segmentario donde las relaciones de parentesco actúan como organizadoras de la producción y el intercambio y donde estos poblados pequeños se han podido formar por la progresiva segmentación de los grupos parentales. La existencia de grupos de rango "aristocráticos" que indican las estelas decoradas o algunas tumbas y ajuares, no implican necesariamente una sociedad de clases, antes bien parecen responder a grupos de estatus de carácter guerrero cuyo rango puede ser adquirido pero no heredado.

En este contexto los poblados pequeños son una continuación de otros documentados en menor proporción del Bronce Final precolonial, aunque el crecimiento demográfico natural crea una contradicción importante entre el sistema productivo y la población cuya solución está en la segmentación de los grupos y en la colonización de nuevas tierras. Este proceso de segmentación y ocupación cada vez mayor del suelo de la campiña supone la reproducción de un sistema que momentáneamente resuelve sus contradicciones hasta que el conflicto entre grupos da lugar a un cambio importante en la estrategia de ocupación y explotación del medio.

Por un lado, el avance tecnológico que supone la introducción del hierro no tiene su efecto, al menos constatado arqueológicamente, hasta finales del siglo VI a.C. De igual forma podríamos hablar del cambio del patrón micro-espacial de los asentamientos: grandes cabañas redondas *versus* casas cuadradas, casas cuadradas *versus* edificios aglutinantes

(Aguayo et alii, 1986). Finalmente el torno del alfarero se va imponiendo progresivamente desde el siglo VIII hasta el VII siendo ya residuales las cerámicas a mano que se fabrican durante el siglo V. Estos cambios constatados: desarrollo de las fuerzas productivas, avance técnico de los medios de producción, de los patrones urbanísticos, aparición de la producción artesanal con especialistas a tiempo completo y un mayor intercambio, llevan acompañado un desajuste con las relaciones de producción. Así pues posiblemente estemos asistiendo a la transformación de las estructuras parentales en relaciones de clase, donde los antiguos rangos parentales o jefes de linaje se transforman en una aristocracia cerrada que impone unas nuevas relaciones basadas en el clientelismo o en cualquier otro tipo de dependencia personal.

La contradicción interna de la sociedad del siglo VIII-VI a.C. estaba manifiesta en un sistema segmentario llevado a sus máximas consecuencias de expansión y ocupación territorial, provocando un enfrentamiento abierto entre las propias comunidades, que refuerza la capacidad y el liderazgo de los grupos militares, una inseguridad de la población que emigra hacia los centros más seguros y una capitalización por parte de estos grupos de rango de los conflictos intergrupales. Ello traerá consigo un desarrollo de los sistemas defensivos y la revitalización de pequeñas aldeas situadas estratégicamente, que ahora se fortifican. Es este el proceso que llevaría a la creación del *oppidum* como centro de un territorio político y los recintos más antiguos como núcleos estratégicos dependientes de los primeros. Este sería el caso del Cabezo de Córdoba y Jardón situados entre el valle del Guadajoz y la Campiña Oriental cordobesa.

Este primer nivel de cambio opera exclusivamente a nivel interno de la formación social que analizamos, no obstante, otra inadecuación entre niveles organizativos de la formación social orientalizante es constatable a lo largo de los siglos VIII-VI a.C. en el valle medio del Guadajoz. Esta contradicción viene dada por el intento de reproducción de un modo de producción doméstico basado en una producción plenamente dedicada al consumo propio y un desajuste estructural en este sistema motivado por el avance tecnológico, el intercambio destinado a una mayor demanda de objetos de prestigio y el interés por intensificar la producción que muestran los grupos emergentes que capitalizan el conflicto inter-comunal. Esa adecuación o ajuste da lugar a una sociedad diametralmente opuesta a la conocida en el Bronce Final, ya que el modelo que surge es claramente de

tipo estatal, es decir, este proceso de transición de una sociedad segmentaria a una sociedad de clases viene a consolidar un aparato de Estado y un nivel político para reproducir la explotación (Nocete, 1984: 299).

Factores internos y factores externos operan dialécticamente en la resolución de este conflicto social dentro de la formación social orientalizante que analizamos, no obstante, algunos autores han puesto el énfasis en causas externas como sería la colonización agrícola semita del valle del Guadalquivir (Wagner, 1983), modelo que se ha hecho extensivo para la campiña oriental de Córdoba (Morena, 1990), en términos de aculturación y asimilación cultural, siguiendo el modelo de ocupación colonial que estableció C.R. Whittaker para el Mediterráneo Central y sus sugerencias para la zona occidental (Whittaker, 1974: 75).

A partir de finales del siglo VI o comienzos del V encontramos en el valle del Guadajoz una serie de *oppida* de gran tamaño (entre 5 y 12 hectáreas) como Ategua, Espejo, Castro del Río, Izcar y Molinillos, mientras que en las tierras interiores en dirección a Jaén encontramos centros de gran tamaño (Torreparedones y Bollero) y otros intermedios de pequeño tamaño como Jardón o Cabezo de Córdoba, ambos con un carácter estratégico claro.

El cambio de patrón de asentamiento a lo largo del siglo VI en esta zona de la campiña, con los datos existentes en la actualidad se materializa en el paso de 70 asentamientos aproximadamente a 7 de gran tamaño, dos más reducidos y entre 30-40 torres en relación con los *oppida* definidos. Bien es verdad que muchos de estos recintos contienen materiales con un amplio margen cronológico que va desde el siglo V a.C. hasta el periodo imperial romano, con lo que resulta difícil integrar estas estructuras en el análisis espacial que realizamos. Estos asentamientos presentan unas distancias entre sí que oscilan entre 7 y 17 kilómetros, aunque esta última distancia queda reducida sensiblemente a una media de 8-10 al incluir los *oppida* de pequeño tamaño, lo cual viene a determinar que la zona de desplazamiento desde un *oppidum* al territorio inmediato sería como mucho 4 kilómetros, una distancia asequible a pie para un campesino, frecuencia exactamente igual que la documentada en Jaén. Pero además esta frecuencia en la organización del territorio ibérico en el valle medio del Guadajoz no se continúa en la margen izquierda del mismo, quedando un enorme vacío entre el *oppidum* de Torremorana en la Alta Campiña y Espejo en la parte más occidental con una distancia desde el Guadajoz a los primeros *oppida*

de la Alta Campiña que oscila entre 15 y 20 kilómetros, siendo oportuno señalar que estos centros nunca superan las 3 hectáreas de extensión (Almiáres, Fuente del Fresno, Plaza de Armas, Higuerón, etc.).

La disposición del *oppidum* de Castro del Río en el valle del Guadajoz, sea visibilidad alguna hacia el Norte y el Sur es exactamente la misma que la de Izcar y Molinillos, así pues relacionados con las fértiles tierras cuaternarias del valle y la vía de comunicación que ofrecía el río, mientras que la posición dominante de Torreparedones y Bollero permite establecer el control de territorios amplios por medio de un sistema de torres con visibilidad directa con el asentamiento principal y que ha llevado a configurar una propuesta de territorio político para el *oppidum* de Torreparedones en el periodo Ibérico Pleno (Murillo et alii, 1989: 170).

### El Sureste

Es más bien poco lo que conocemos del Bronce Final anterior a la implantación de colonias fenicias en las costas del Sur peninsular y aunque no se ha excavado mucho la metodología que guiaba estas investigaciones, como hemos visto, estaba en función de la obtención de estratigrafías encaminadas a observar la evolución, permanencia y desaparición de fósiles-guías que aparentemente definían fases arqueológicas, en muchos casos identificadas con fases históricas.

Tras la fuerte jerarquización social que conocemos entre los grupos de la Edad del Bronce del Sureste, El Argar, se produce un bloqueo o estancamiento de estas comunidades hacia el final del II milenio a.C., constatándose según el registro con el que contamos una regresión en los patrones urbanísticos y en sus estructuras sociales que recuerdan periodos históricos mucho más antiguos. En estos momentos tras la crisis argárica son las relaciones de parentesco las que nuevamente emergen como dominantes y es en el seno de estos grupos donde se produce lo necesario para subsistir, infiriéndose pues unas estructuras sociales menos jerarquizadas que en el periodo anterior.

Este cambio no es más que la constatación de un desajuste estructural entre unas relaciones de producción de dependencia y un escaso desarrollo de las fuerzas productivas ya que la enorme presencia de especialistas del bronce en El Argar no supone ningún avance tecnológico, al no participar esta tecnología en labores productivas sino simbólicas, quedando pues

como un exponente de esa economía de prestigio que Friedman y Rowlands (1978) definen en otros grupos paralelos europeos.

Estas comunidades del Bronce Final de comienzos del I milenio presentan un alto componente pastoril poco especializado. Destaquemos por ejemplo el yacimiento del Cerro de la Encina de Granada (Molina, 1983: 113), donde la cría del cerdo sufre un fuerte retroceso en relación al periodo anterior en favor de ovejas y cabras seguidos de bóvidos. Igualmente en el Cerro del Real se da según sus excavadores un ambiente pastoril dominado por ovicápridos y muy por detrás suidos y bóvidos (Pellicer y Schüle, 1966: 26-28).

Los poblados con un patrón de asentamiento horizontal, sin jerarquización posible por el enorme distanciamiento entre ellos y con falta de una programación constructiva reflejan a nivel microespacial una dispersión de cabañas de grandes dimensiones (entre 6 y 12 metros de diámetro) en las que se encuentran telares, hogares y sectores de aprovisionamiento que indican unidades de producción basadas posiblemente en la familia nuclear con una clara economía de subsistencia y autárquica, al producirse en el seno de estos grupos casi todo lo necesario: vajilla doméstica, medios de producción, almacenamiento, etc., no encontrándose por el momento nada que permita atisbar una división social del trabajo que no sea la de edad y sexo. Los yacimientos que ilustran este panorama son el Cerro del Real, la Encina en Monachil (Arribas et alii, 1974), ambos en Granada, Cabezuelos en Ubeda, Jaén (Contreras, 1982) y Peñón de la Reina en Alboloduy, Almería (Martínez y Botella, 1980).

Las necrópolis nos son mal conocidas ya que contamos sólo con hallazgos aislados procedentes de las excavaciones de L. Siret en el Sureste y algunas recientemente publicadas en el Alto Guadalquivir. Concretamente los hallazgos de Caldero y las Alparatas de Mojácar, Qurénima y Barranco Hondo en Antas y Cabezo Colorado y Los Caporchanes en Vera (Siret y Siret, 1890), son necrópolis de incineración con urnas que contienen huesos quemados y cenizas, tapados con una gran fuente carenada y raramente con ajuar (exclusivamente objetos de adorno: brazaletes de bronce y pequeños anillos). Estas urnas se depositaron en grupo en grandes fosas comunes recubiertas de losas y tapadas con tierra a modo de túmulo.

Así pues estas necrópolis del Bronce Final del Sureste parecen estar en consonancia con el registro de los poblados, ya que no reflejan grandes

diferencias además de ser mayoritariamente colectivas. Igualmente la metalurgia que adquirió una importancia excepcional en la sociedad argárica como elemento de prestigio, apenas si está representada por algunos adornos y armas. En definitiva existe un estancamiento claro en las fuerzas productivas y una economía subsistencial destinada al consumo propio.

Este panorama persiste hasta mediados del siglo VII a.C. ya que la incidencia de la presencia semita en las costas del Sureste no parece tener un efecto dinamizador entre estas comunidades indígenas, al menos para el caso que conocemos excavado como es el Peñón de la Reina de Alboloduy (Martínez y Botella, 1980: 315). Este poblado perdura durante el siglo VII a.C. siendo abandonado sin que conozca más cambios que la presencia de ánforas fenicias y cerámicas a torno, pero nada nuevo en los patrones urbanísticos.

Finalmente, la falta de estudios y de excavaciones sistemáticas impide realizar hipótesis sobre la cultura ibérica en esta zona, donde la conocemos ya formada en las tierras interiores (Muñoz y Martínez, 1983) mientras las zonas costeras están controladas y explotadas por poblaciones semitas.

### La Depresión de Ronda.

En esta zona del Noroeste de la provincia de Málaga venimos realizando trabajos de investigación desde mediados de la década de los 80 centrados en la excavación sistemática de Acinipo, prospecciones en la Depresión y las excavaciones de urgencia realizadas en el casco urbano de Ronda. Por último, el yacimiento de la Silla del Moro ha sido objeto de una campaña de excavación completando así el panorama que ofrecemos.

Después de una floreciente etapa del Bronce Pleno tanto en Ronda como en Acinipo, bien fechada por C14 en el siglo XVII a.C. no contamos con elementos del registro arqueológico para indagar la evolución de estas poblaciones hacia el periodo convencional Bronce Final. De tal manera que tanto en Ronda como en Acinipo existe un hiatus de poblamiento entre ambas fases que nos resulta difícil de explicar por el momento.

Así pues, hemos distinguido tres etapas cronológicas con desigual documentación de las mismas en la primera mitad del I milenio a.C.:

a) Una fase del Bronce Final Reciente, posiblemente anterior a la implantación de las colonias fenicias en el Sur peninsular y que a nivel

arqueográfico presenta ausencia total de cerámicas a torno (siglo IX- mediados siglo VIII a.C.).

b) Una fase orientalizante donde ya aparecen las primeras cerámicas a torno y se producen cambios a nivel de estructuras constructivas (mediados del siglo VIII a principios del siglo VI a.C.).

c) Una fase que correspondería ya al desarrollo urbanístico que documentamos en Silla del Moro, coincidiendo con el abandono de Acinipo, y que podríamos denominar Ibérico Antiguo (finales del siglo VI, comienzos del V a.C.).

Esta sistematización no implica fases históricas concretas, antes bien, constituyen partes de un proceso continuo de las poblaciones del Bronce Final de la Serranía hacia un modelo social de clases plasmado en el *oppidum* o ciudad ibérica.

El Bronce Final Reciente está parcialmente documentado dado que los conjuntos materiales pertenecientes a esta fase tanto de Ronda como de Acinipo no están asociados a estructuras constructivas, de no ser derrumbes o algún arco de cabaña redonda, lo que unido a la escasa extensión de su excavación por hallarse debajo de estructuras de la fase siguiente, nos impide contrastar de momento las hipótesis previas en base a lo documentado en otras zonas. Lo único evidente a nivel arqueográfico es que se trata de un Bronce Final con un marcado carácter local enraizado en los conjuntos materiales del Bronce Pleno.

El periodo orientalizante se inicia con la documentación de las primeras cerámicas a torno y la construcción de una serie de viviendas con sentido Suroeste-Noroeste formadas por cabañas redondas alineadas junto a otras de planta rectangular con ángulos redondeados. Ambas formas están orientadas al Sur y presentan un zócalo de piedras y hogar central de arcilla aplastada, escasamente elevado sobre el pavimento del suelo. Así mismo en sus entradas, una simple interrupción del muro perimetral, se conservaron pequeños porches trapezoidales empedrados.

Junto al típico ajuar de cocina, almacenamiento y uso doméstico, hallado en la parte trasera de las viviendas y en menor proporción en su interior, se documentan ánforas fenicias de tipología antigua, platos de barniz rojo y cerámicas policromas. Pero hemos de destacar que en estas viviendas aun predominan las cerámicas a mano sobre las de torno y que gran parte de los barnices rojos y cerámicas grises a torno son producciones

locales que imitan prototipos a mano del Bronce Final. Lo interesante es señalar que en un determinado momento y después de varias superposiciones de casas rectangulares y redondas individualizadas, se construye un ancho muro maestro a partir del cual se adosan muros rectos que constituyen habitaciones aglutinadas. El material de estas habitaciones es semejante al ya descrito pero con mayor proporción de torno sobre las cerámicas a mano. Es evidente que el contacto con los fenicios se manifiesta no sólo a nivel tecnológico con la introducción de la metalurgia del hierro documentada en esta fase, o la importancia que adquiere el torno sino también en el cambio de patrón urbanístico hacia estructuras más complejas y una mejor organización del espacio (Aguayo et alii, 1991: 568).

En los cortes abiertos en otras zonas de Acinipo para comprobar la extensión de esta fase también hemos documentado las cabañas y los materiales asociados presentan la misma composición, por lo que hemos de suponer que el área ocupada de este asentamiento es de al menos 10 hectáreas, aunque sospechamos que puede ser incluso mayor por la extensión de los materiales que se distribuyen en superficie.

En Ronda ciudad no hemos hallado estructuras como las de Acinipo pero la gran abundancia de materiales de tipología afín en una serie de niveles del casco antiguo nos confirma también la existencia de esta fase que de momento, con los sondeos realizados ocupa una extensión de unas 5 hectáreas (Aguayo, et alii, 1988: 16 ss.).

Relacionado con lo anterior, en las prospecciones realizadas hemos documentado una serie de yacimientos de pequeña extensión (nunca superan una hectárea) con materiales contemporáneos a la fase descrita. Hemos hallado 20 aldeas todas situadas en llano o pequeñas lomas en los valles de ríos y arroyos con una clara disposición de explotación agrícola al situarse en las tierras de mayor potencial.

El estudio antracológico centrado en un muestreo de 874 carbones procedentes de Acinipo de sus fases Bronce Pleno, Orientalizante e Ibérico Pleno ha dado una interesante lectura que no por aproximativa deja de ser relevante. En la fase que estudiamos son 16 taxones los que han sido descritos constituyendo la especie *quercus* (encinas, quejigos y alcornoques) la más representada (63%), pero destacando que el quejigo sólo lo está en un 1,2%, hecho que contrasta con el 15,75% en que estaba representado en el Bronce Pleno, lo que implica una tala importante de esta especie que

crece en valles y páramos ocupando las tierras que, tras su tala, son las más productivas agrícolamente. Por último la presencia de carbones de olivo y vid en esta fase implica la puesta en cultivo de estas especies, ya conocidas en el Bronce argárico del Sureste, pero que en esta zona se cultivan ahora con mayor presencia, tal vez debido a una demanda de los colonizadores fenicios (Rodríguez, Aguayo y Moreno, en prensa).

Ello ha llevado a plantear una intensificación agrícola en este periodo basada en el cultivo de cereales bien documentados en las estructuras de Acinipo, la vid y el olivo destinados tanto al consumo propio como a la exportación hacia los centros fenicios costeros, constituyendo Acinipo un centro desde donde se dirige la producción y se concentran los excedentes. Cabría preguntarse si esas aldeas constituyen comunidades campesinas dependientes de sitios como Acinipo o Ronda o si son comunidades segmentadas con una economía subsistencial, constituyendo aquéllos centros regionales de servicios e intercambios, pero sin lazos políticos de dependencia con éstas, de no ser las propias relaciones de parentesco que hemos descrito para el Alto Guadalquivir.

Falta por corroborar arqueológicamente la existencia de una dependencia política o de una aristocracia que controle el pretendido excedente, que sin duda existe por la enorme presencia de ánforas fenicias, una de ellas llena de restos de *garum*, dado que todas las casas presentan una igualdad absoluta y los únicos objetos de lujo hallados son cerámicas finas fenicias, rápidamente copiadas en los propios asentamientos de la Serranía.

No obstante, aun faltando algo tan importante como las necrópolis, y no haber encontrado en el registro nada diferenciador para aislar grupos sociales distintivos, el resultado de este proceso lo vemos ya en el siguiente periodo con la creación de un *oppidum* totalmente nuevo, previamente diseñado y una extensión de 17 hectáreas: la Silla del Moro.

Las fechas de C14 para la fase orientalizante de Acinipo son:  $2770 \pm 90$  B.P. ( $820 \pm 90$  a.C.) para una cabaña circular y  $2650 \pm 90$  B.P. ( $700 \pm 90$  a.C.) y  $2640 \pm 180$  B.P. ( $690 \pm 180$  a.C.) ambas de la habitaciones aglutinantes que se superponen a las casas redondas y rectangulares.

Aunque un poco altas, hemos de tener en cuenta que constituyen una aproximación cronológica y según las cronologías de los centros fenicios de la costa irían más acordes con finales del siglo VIII y siglo VII a.C.

Recientemente se ha propuesto la vía de comunicación del Guadalhorce y la Serranía de Ronda como la alternativa terrestre al paso marítimo del Estrecho para llegar a Tartessos, como apuntara Avieno en su *Ora Maritima*. Según este autor la ruta enlazaba Tartessos con Malaka por las tierras interiores y según esta propuesta seguiría el valle del Guadalhorce, Depresión de Ronda y valle del Corbones hasta las tierras del Guadalquivir, lo que con la documentación aportada implica como hemos visto un fuerte contacto entre indígenas de la zona y fenicios, y aun con lagunas importantes en algunos tramos de esta ruta comienza a rellenarse el vacío de la misma con la documentación de Ronda (Aguayo, Garrido y Padial, en prensa).

Un hecho nos llama la atención al final de esta fase, y es que después de una clara evolución urbanística en las fases constructivas descritas de Acinipo, se vuelven a edificar cabañas circulares antes de que el sitio se abandone a mediados o finales del siglo VI a.C. y la población se establezca en la vecina mesa de Silla del Moro. Ello implica que los procesos de evolución urbanística no son unilineales, sino que ofrecen fases de estancamiento e incluso retrocesos como el observado aquí.

La tercera fase o Ibérico Antiguo corresponde a la creación de una ciudad con un perfecto trazado urbanístico que no es más que la expresión de la dominación de los grupos emergentes. No nos cabe la menor duda que el *oppidum* de Silla del Moro fechable a finales del siglo VI o comienzos del V con su enorme muralla en grosor y extensión, con torres y bastiones y el complejo sistema de entrada con calles enlosadas y grandes casas con patio implican un cambio cualitativo con respecto a las casas redondas y cuadradas del periodo anterior.

Es evidente que mientras Acinipo aparece ante nosotros como una aglomeración de estructuras de habitación sin gran complejidad interna, la Silla del Moro ofrece una lectura distinta con grandes contrastes espaciales, como hemos dicho, y su construcción va unida a la desaparición de las aldeas agrícolas orientalizantes. De ahí que consideremos a éste como una estructura urbana entendiendo por tal no sólo la concentración de poblaciones rurales sino como la expresión de las desigualdades sociales y la emergencia de un territorio político definido (Ruiz y Molinos, 1988: 57), integrándose en él centros de nueva creación como el recinto amurallado de Cerro de la Salina.

## BIBLIOGRAFIA

- Aguayo, P., Carrilero, M., Flores, C. y Torre, M. del P., de la (1986): "El yacimiento pre y protohistórico de Acinipo (Ronda, Málaga). Un ejemplo de cabañas del Bronce Final y su evolución". *Arqueología Espacial* 9. Teruel, pp. 33-58.
- Aguayo, P., Carrilero, M. y Lobato, R. (1988): "Los orígenes de Ronda. La secuencia cultural según las primeras excavaciones". *Estudios de Ronda y su Serranía* 1, pp. 7-26.
- Aguayo, P., Carrilero, M. y Martínez, G. (1991): "La presencia fenicia y el proceso de aculturación de las comunidades del Bronce Final de la Depresión de Ronda (Málaga)". *Atti del II Congresso Internazionale di Studi Fenici e Punici. Roma 1987*. Roma, vol. II., pp. 559-571.
- Aguayo, P., Garrido, P. y Padial, B. (en prensa): "Una ruta terrestre alternativa al paso del Estrecho en época orientalizante. Constatación arqueológica". *II Congreso Internacional: El Estrecho de Gibraltar. Ceuta 1990*.
- Almagro Basch, M. (1952): "La invasión céltica en España". *Historia de España dirigida por R. Menéndez Pidal*, t. I, vol. II. Madrid.
- Almagro Gorbea, M. (1986): "Bronce Final y Edad del Hierro". *Historia de España*. vol. I. *Prehistoria*. Madrid.
- Arribas, A., Pareja, E., Molina, F., Arteaga, O. y Molina, F. (1974): *Excavaciones en el poblado de la Edad del Bronce "Cerro*

*de la Encina*”, *Monachil (Granada). El corte estratigráfico no 3. EAE 81. Madrid.*

- Arteaga, O. (1982): “Los Saladares 80. Nuevas directrices para el estudio del horizonte protoibérico en el Levante meridional y Sureste de la Península Ibérica”. *HA VI*, pp. 131-183.
- Bosch Gimpera, P. (1935): “Los celtas de la cultura de las urnas”. *ACFABA*.
- Cabo Martín, C. de (1988): *Teoría histórica del Estado y del Derecho Constitucional. Vol. I. Formas precapitalistas y Estado moderno*. Barcelona.
- Carrilero Millán, M. (en prensa): “El *oppidum* ibérico de castro del Río (Córdoba)”. *Homenaje a Elena Pezzi*. Almería.
- Contreras, F. (1982): “Una aproximación a la urbanística del Bronce Final en la Alta Andalucía. El Cerro de Cabezuelos (Ubeda, Jaén)”. *CPUG 7*, pp. 307-329.
- Cunliffe, B.W. y Fernández Castro, M.C. (1987): “Torreparedones (Castro del Río, Baena, Córdoba). Informe preliminar, campaña de 1987: prospección arqueológica con sondeo estratigráfico”. *AARqA 1987*, pp. 193-199.
- Friedman, J. (1977): “Tribus, estados y transformaciones”. Bloch, M. (comp.). *Análisis marxistas y Antropología Social*. Barcelona, pp. 191-239.
- Friedman, J. y Rowlands, M.J. (1978): “Notes towards an epigenetic model of evolution of civilisation”. Friedman, J. y Rowlands, M. J. (comps.). *The Evolution of Social Systems*. Londres, pp. 201-279.
- Macwhite, E. (1951): *Estudios sobre las relaciones atlánticas de la Península Ibérica en la Edad del Bronce*. Madrid.
- Maluquer, J. (1955): “El proceso histórico de las primitivas poblaciones peninsulares, I”. *Zephyrus VI*, pp. 145-169.
- Maluquer, J. (1970): *Tartessos*. Barcelona.
- Martínez Navarrete, M. I. (1989): *Una revisión crítica de la prehistoria española: la Edad del Bronce como paradigma*. Madrid.

- Martínez, C. y Botella, M.C. (1980): *El Peñón de la Reina (Alboloduy, Almería)*. EAE 112. Madrid.
- Martínez Santaolalla, J., Sáez, D., Posac Mon, C. y Soprani, J.A. (1947): *Excavaciones en la ciudad del Bronce Mediterráneo II de la Bastida de Totana (Murcia)*. InfMem 19. Madrid.
- Mendoza, A., Molina, F., Arteaga, O. y Aguayo, P. (1981): "Cerro de los Infantes (Pinos Puente Provinz Granada). Ein Beitrag zur Bronze und Eisenzeit in Oberandalusien". *MM* 22, pp. 171-210.
- Molina, F. y Pareja, E. (1975): *Excavaciones en la Cuesta del Negro (Purullena, Granada)*. EAE 86. Madrid.
- Molina, F. (1977): *La cultura del Bronce Final en el Sudeste de la Península Ibérica. Resumen de tesis doctoral*. Universidad de Granada.
- Molina, F. (1978): "Definición y sistematización del Bronce Tardío y Final en el Sudeste de la Península Ibérica". *CPUG* 3, pp. 159-232.
- Molina, F. (1983): *Prehistoria de Granada*. Granada.
- Morena López, J.A. (1990): "Asentamientos rurales de época tartésica en Baena". *VIII Congreso de profesores-investigadores*. Baena, pp. 471-486.
- Muñoz, F.A. y Martínez López, C. (1983): "Macián, un enclave ibero-romano en el Norte de Almería". *CPUG* 8, pp. 417-431.
- Murillo Redondo, J.F. (1989): "Aproximación al estudio del poblamiento protohistórico en el Sureste de Córdoba: unidades políticas, control del territorio y fronteras". *Fronteras. Arqueología Espacial* 13. Teruel, pp.
- Nocete Calvo, F. (1984): "Jefaturas y territorio: una visión crítica". *CPUG* 9, pp. 289-304.
- Pellicer, M. y Schüle, W. (1966): *El Cerro del Real (Galera, Granada. El corte estratigráfico IX)*. EAE 52. Madrid.
- Picazo, M. y Sanahuja, E. (1987): "El Bronce Reciente en el Sudeste de la Península Ibérica". Chapman, R. et alii (comps.). *Proyecto*

*Gatas: Sociedad y economía en el Sudeste de España, 2500-800 a.n.e., I. La prospección arqueológica. B.A.R. International Series 348. Oxford, pp. 22-29.*

- Rodríguez Ariza, M.O., Aguayo, P., Moreno Jiménez, F. (en prensa): "The Environment in the Ronda Basin (Málaga, Spain) during recent Prehistory based on an anthracological Study of Old Ronda".
- Ruiz Rodríguez, A. (1987): "Ciudad y territorio en el poblamiento ibérico del Alto Guadalquivir". *Coloquio sobre los asentamientos ibéricos ante la romanización*. Madrid, pp. 9-19.
- Ruiz Rodríguez, A. y Molinos Molinos, M. (1989): "Fronteras: un caso del siglo VI a.n.e.". *Fronteras. Arqueología Espacial* 13. Teruel, pp. 130-145.
- Ruiz, A., Molinos, M., López Rozas, J., Crespo, J., Choclán, C. y Hornos, F. (1983): "El horizonte Ibérico Antiguo del Cerro de la Coronilla (Cazalilla, Jaén). Cortes A y F". *CPUG* 8, pp. 251-299.
- Ruiz, A., Molinos, M., Machado, R., Egea, M.C. y Ortiz, S. (1987): "Prospección superficial en la cuenca del Arroyo salado de los Villares (Jaén)". *AArqa* 1987. Vol. II. *Actividades sistemáticas* pp. 139-147.
- Siret, L. (1893): "L'Espagne préhistorique". *Revue des Questions Scientifiques* XXXIV, pp. 489-562.
- Siret, L. (1913): *Questions de chronologie et d'Ethnographie Ibériques*. Vol. I. *De la fin du Quaternaire a la fin du Bronze*. Paris.
- Siret, H. y Siret, L. (1890): *Las primeras edades del metal en el Sudeste de España*. Barcelona.
- Vicent, J.A. (1982): "La tendencias metodológicas en Prehistoria". *TP* 39, pp. 9-53.
- Wagner, C.G. (1983): "Aproximación al proceso histórico de Tartessos". *AEspA* 56, pp. 3-36.
- Whittaker, C.R. (1974): "The western Phoenicians: colonisation and assimilation". *PCPhS*, 200, n.s. XX, pp. 58-79.

## CARTAGINE NEL MEDITERRANEO OCCIDENTALE: "SARDI", MERCENARI E CARTAGINESI IN SARDEGNA.

*Enrico Acquaro*

*Universidad de Bolonia*

L'interpretazione storica, ove sia legata in particolare a fonti scritte indirette percorse da equivalenze spesso forzate da posizioni politiche allogene, procede dapprima per inquadramenti generali per poi distinguere nell'ambito delle vicende di un popolo l'interazione al suo interno di componenti etniche diverse e socialmente in evoluzione. In presenza di tale situazione l'esame della cultura materiale sopravvissuta è momento di estrema rilevanza e si connota di proiezioni storiche certamente suggestive, ma che per raggiungere una qualche validità non deve essere forzata e procedere per singoli problemi ma per una linea interpretativa integrata. Tale approccio deve essere capace di superare la *routine* delle edizioni per "categorie" artigianali o per "centri" per proporre un quadro d'assieme di ricostruzione storica plausibile e non dimentica delle peculiarità e dei limiti delle documentazioni che si rifanno a discipline diverse, spesso di larga tradizione e difficilmente eludibili nei loro consolidati e tradizionali meccanismi di gestione.

Questo è il caso degli studi sulla civiltà fenicia e punica, soprattutto nelle sue proiezioni occidentali. Che il termine "Fenici", come già "Micenei" sia in realtà un "contenitore" di comodo ove far rientrare le ampie e mirate frequentazioni vicino-orientali verso l'Occidente minerario dal XII al VIII

secolo a.C. è dato sempre più evidente (Garbini, 1988). Un altro aspetto che sembra emergere con buona evidenza dagli scavi e dalle ricerche sul terreno è che in definitiva la guida a questa presenza è materiale egeocipriota<sup>1</sup>. Ancora: il complesso della cultura materiale, com'è naturale vista la scarsità di scavi di abitati in Oriente ed in Occidente, non è in grado per ora di confermare o meno con adeguata documentazione il ruolo primario che le fonti scritte e la numismatica assegnano a Tiro e in particolare al tempio di Melqart (Acquaro, 1988: 187-189). Come appare probabile che nei prossimi anni sia possibile affermare che le prime fondazioni fenicie e il loro porsi nel nuovo territorio coloniale costituiscono in realtà un fenomeno riduttivo, per aree di influenza e di incidenza nelle diverse realtà indigene, rispetto alla precedente frequentazione commerciale vicino-orientale, più capillare di quanto si possa finora ritenere. Sarà Cartagine a riaprire intorno alla metà del VI secolo a.C., con nuove motivazioni e a proprio vantaggio, quelle frequenze e quei mercati indigeni che le colonie fenicie avevano iniziato a far propri<sup>2</sup>.

Ma il settore degli studi che più appare monolitico e impermeabile (salvo le dovute e sempre presenti eccezioni) ai problemi etnici e sociali come quelli che dovettero investire la società cartaginese già composita alle origini, è proprio quello che con dovizia di pubblicazioni si dedica alla cultura materiale del mondo punico.

Già in altre occasioni si è avuto modo di rilevare l'incidenza della componente libica e la sua progressiva, articolata, affermazione nell'ambito dello stato cartaginese, e nel mondo punico in generale (Acquaro, 1983). Connotano tale incidenza e lo spazio sociale sempre maggiore conquistato sia il rilevante apporto demografico nella deduzione primaria e secondaria di colonie sia il collegamento spesso operante con i movimenti rivendicativi dei mercenari impiegati nei diversi teatri strategici del Mediterraneo occidentale.

Se solo si considerino le potenzialità interpretative che emergono da tali articolate realtà, ben evidenti d'altra parte a chi le voglia cogliere anche nelle fonti classiche, la monolitica linearità della storia di Cartagine, dei suoi interventi e delle sue prospettive appare decisamente incrinata.

1.- Cf. ad esempio quanto di recente emerge in Sardegna dagli scavi dei livelli più antichi di Sulci e di Tharros: Bernardini, 1989a.

2.- Cf. per la documentazione sarda, Bernardini, 1989 b: 50-51.

stessi pochi eventi noti e discussi dalla critica storica, dalla rivolta dei mercenari successiva alla prima guerra punica (Huss, 1985: 252-68) alla discussa "riforma" barcide (Acquaro, 1987: 78-80), non sono stati seguiti da un'adeguata analisi dei riflessi di cultura materiale testimoni delle crisi intervenute. Se si fa infatti eccezione per la fin troppo manipolata vicenda dei Barcidi e il loro programma ellenizzante riflesso nei beni di consumo della pietà funeraria e per alcuni ultimi studi sulle componenti etniche della rivolta del 241-238 a.C. (Acquaro, 1989), la cultura materiale si fa quasi mai riflesso della complessa dinamica etnica e sociale della storia cartaginese. Per saggiare un attimo questa potenzialità, si proverà a trarre alcuni esempi della letteratura corrente sulla Sardegna punica<sup>3</sup> e verificare se e in che modo i dati di cultura materiale rivisitati sono in grado di confermare acquisite interazioni storiche o proporre delle nuove.

L'impegno cartaginese in Sardegna, che si afferma nell'isola tra il 540 e il 510 a.C. circa<sup>4</sup>, è di sovente posto in rapporto con livelli di distruzione e flessioni e mutamenti di documentazione che si constatano in alcuni siti archeologici verso la fine del VI secolo a.C. Il riscontro dell'isolata testimonianza di Giustino (XVIII, 7, 1; XIX, 1, 3-6) e il riconoscere negli "indigeni" contro cui si svolsero le campagne di Malco alcuni centri fenici dell'isola<sup>5</sup> è ormai dato di plausibilità storica ampiamente accettato (Marras, 1990: 54). Più problematico è, a nostro parere, proseguire oltre in questa ipotesi e individuare, come è stato fatto pur con buone argomentazioni (Bartoloni, 1987), centri legati a Cartagine nella sua campagna sarda (Tharros e Cagliari) e centri ad essa ostili (Sulci, Monte Sirai e Villasimius). Se, infatti, Sulci con gli scavi del Cronario (Bartoloni, Bernardini y Tronchetti, 1988) e Monte Sirai<sup>6</sup> ci restituiscono un panorama di risultanze archeologiche di un certo spessore, tale da reggere alla formulazione di tali ipotesi, insieme ai dati, pur preliminari, su Villasimius<sup>7</sup>, è anche vero che i recenti scavi urbani di Cagliari<sup>8</sup> impongono una revisione generale dei giudizi finora espressi per gran parte su dati di necropoli (Acquaro, 1990: 28-29). Si aggiunga inoltre la considerazione che i livelli arcaici raggiunti a Tharros nelle campagne XV-XVII stanno rilevando una documentazione

3.- Cf. sulla Sardegna come osservatorio privilegiato di tale fenomeno Acquaro, 1985.

4.- Cf. da ultimo Bondi, 1988.

5.- Cf. da ultimo con la bibliografia ivi riportata, Bernardini, 1989b : 50.

6.- Cf. da ultimo, Bondi, 1985.

7.- Cf. da ultimo, Marras, 1990.

8.- Cf. da ultimo Tronchetti, 1990.

che di poco si discosta da quella sulcitana<sup>9</sup>. Se, in altre parole, la ricerca archeologica dà sufficiente spessore alla notizia di Giustino registrando turbative più o meno violente negli insediamenti fenici già fondati nell'VIII e nella seconda metà del VII secolo a.C., è anche vero che i dati su una differenziazione dell'atteggiamento tenuto da Cartagine nei riguardi dei diversi centri e del suo impatto verso le stesse città, tali da giustificare giustapposizioni o differenti itinerari politici, sono estremamente ridotti e tendenzialmente messi in crisi dal progresso dell'indagine in area urbana proprio in quei centri che sarebbero stati privilegiati dall'alleanza cartaginese.

Le considerazioni fatte inducono dunque a guardare con attenzione la ricerca di momenti storici puntuali da proporre come sfondo a particolari situazioni di documentazione archeologica. Tale attenzione deve, a parer nostro, aumentare considerevolmente se, come dire, il momento storico chiamato a far da sfondo a risultanze archeologiche entra semplificato in letteratura, anche se divulgativa, senza che sembri avere alle spalle un'analisi archeologica che solo una puntuale relazione di scavo può fornire al dibattito degli studi. Valga ad esempio quanto si legge in una recente guida di Monte Sirai: "Nel 379 a.C. gli abitanti di Monte Sirai sembrano essere stati coinvolti nella ribellione a sfondo sociale che infiammò sia le provincie nord-africane soggette a Cartagine che la stessa Sardegna, forse in un disegno unitario. È in questa occasione che sia l'acropoli che parte del pianoro furono racchiusi in un impianto fortificato organico, coevo a quello che sorse nell'antica Sulcis" (Bartoloni, 1989:18). A parte la problematica interpretazione del passo di Diodoro Siculo (XV, 24, 2 ss.) che sta all'origine del fatto storico ricordato, per cui sembra fra l'altro che la citazione possa riferirsi ai soli Libi di Sardegna (Moscati, 1986: 152), non risulta che la situazione archeologica prospettata sia stata ancora oggetto di una relazione di scavo esauriente, tale da giustificare senza problemi il riferimento storico indicato. Ma vi è di più. Sembra plausibile riconoscere nei Libi di Sardegna in rivolta nel 379/8 o 387 (Meloni, 1975: 380) più i mercenari libici di stanza nell'isola che "genti africane importate" (Acquaro e altri, 1989): in tal caso l'episodio, con il tentativo di Roma di approfittare delle difficoltà cartaginesi per fondare una colonia nell'isola<sup>10</sup> costituirebbe un'interessante anticipazione di quanto accadrà durante la più nota rivolta libica del 241

9.- Cf. Acquaro e altri, 1989; la XVII campagna, i cui risultati sono ancora inediti, si è svolta nel mese di settembre 1990.

10.- Cf. da ultimo D'Oriano, 1985.

a.C. e il di poco successivo coinvolgimento della Sardegna (Polibio, I, 79, 1 ss.). Così come negli avvenimenti narrati da Polibio la sconfitta dei mercenari ribelli é opera dei "Sardi", gli stessi "Sardi" contro cui si mosse Malco, sono ancora i "Sardi" ad appoggiare la rivolta ricordata da Diodoro (Moscati, 1986). Sembra plausibile vedere nei "Sardi" dei tre fatti storici più le colonie fenicie di Sardegna, come in particolare ricordato per la conquista cartaginese dell'isola e come proposto per la rivolta del 240 a.C. (Meloni, 1975: 32), che gli indigeni. Il ché non significa che in qualche modo l'elemento indigeno non sia stato coinvolto nei fatti d'armi citati, ma che con ogni probabilità lo furono trainati dall'organizzazione e dalla capacità logistiche delle colonie fenicie d'isola.

Se la serie di proposte avanzate risulterà percorribile, la storia della Sardegna punica, come già per il Nord Africa, la penisola iberica e la Sicilia, dovrà tener in maggior conto il ruolo che i mercenari ebbero nelle vicende di Cartagine con il proprio bagaglio culturale e la potenzialità di turbativa sociale di cui furono portatori<sup>11</sup>. Parimenti le fondazioni fenicie di Sardegna acquisterebbero un ruolo di primo piano nel determinare la storia isolana, finalmente consono alla portata dei loro lasciti archeologici: mortificate dalle truppe magonidi nella seconda metà del VI secolo a.C., a fianco dei "Libi" nella rivolta di cui ci dà notizia Diodoro, non dovettero dapprima sostenere adeguatamente Cartagine contro i mercenari in rivolta nel 240 a.C. per poi contrastarli duramente.

Alla luce di quanto detto, si ritorni brevemente sulle vicende di Monte Sirai riferite agli avvenimenti del 379 a.C. Visto il rapporto non sempre chiaro fra Sulci e Monte Sirai, non sarebbe di poco conto poter attribuire o meno, su basi documentarie più accessibili e puntuali, le riflessioni e le innovazioni segnalate ad operazioni fenicie in opposizione all'ormai secolare dominio di Cartagine. Ma a questo punto l'invito alla prudenza è ancora più doveroso: come si è ritenuto per il momento improponibile la definizione di netti schieramenti pro e contro Cartagine delle colonie fenicie al momento delle campagne di Malco e dei Magonidi, così ci si rende conto anche in questo caso della pericolosità di dar corpo a ulteriori ipotesi non ancora sufficientemente documentabili, ancorché suggestive.

---

11.- Notevoli sono le prospettive di ricerca storica che derivano da due filoni di studi, l'uno che muove dall'*ethnos* dei mercenari (cf. da ultimo García-Gelabert Pérez y Blázquez Martínez, 1987-1988), l'altro dall'incidenza che questi ebbero nella politica territoriale d'oltremare di Cartagine (cf. ad esempio in Sicilia, Calciati, 1987: 263-266).

## BIBLIOGRAFIA

- Acquaro, E. (1983): "L'espansione fenicia in Africa". *Fenici e Arabi nel Mediterraneo*. Roma, pp. 23-61.
- (1985). "Fenici i cartaginesi in Italia. La Sardegna fenicia e punica: fra storia e archeologia". *Bollettino d'arte* 31-32, pp. 49-55.
- (1987): "Notes d'archéologie punique: culture matérielle et reflets dans l'histoire". *EtClas* 55, pp. 75-80.
- (1988): "Il tempio nella colonizzazione punica". *Momenti precoloniali nel Mediterraneo antico*. Roma, pp. 187-189.
- (1989): "Les émissions du 'soulèvement libyen': type, ethnies et roles politiques". *Studia Phoenicia X. Punic Wars*. Leuven, pp. 137-144.
- (1990): "La Sardegna e Cartagine". *Incontro "I Fenici"*. Cagliari, pp. 27-29.
- Acquaro, E. e altri (1989): "Tharros XV-XVII". *RSF* XVII, pp. 249-306.
- Bartoloni, P. (1987): "Le relazioni tra Cartagine e la Sardegna nei secoli VII e VI a.C.". *EVO* 10, pp. 80-85.
- (1989). *Monte Sirai*. Sassari.
- Bartoloni, P., Bernardini, P. y Tronchetti, C. (1988): "S. Antioco: area del Cronicario (Campagna di scavo 1983-86)". *RSF* XVI, pp. 73-119.

- Bernardini, P. (1989 a): "Tharros XV-XVI. Tre nuovi documenti di importazione dalla collina di 'muru mannu'". *RSF* XVII, pp. 285-290.
- (1989 b): "Le origini di Sulcis e Monte Sirai". *SEAP* 4, pp. 45-66.
- Bondi, S.F. (1985): "Monte Sirai nel quadro della cultura fenicio-punica di Sardegna". *EVO* 8, pp. 73-89.
- (1987): "La dominazione cartaginese". *Storia dei Sardi e della Sardegna*. 1, Milano, pp. 173-203.
- Calciati, R. (1987): *Corpus Nummorum Siculorum III*, Milano.
- D'Oriano, R. (1985): "Contributo al problema di φηρῶνια πολις". *NBAS* 2, pp. 229-247.
- Garbini, G. (1988): "'Popoli del mare', Tarsis e Filistei". *Momenti precoloniali nel Mediterraneo antico*. Roma, pp. 235-242
- García-Gelabert Pérez, M.P. y Blázquez Martínez, J.M. (1987-1988): "Mercenarios hispanos en las fuentes literarias y en la arqueología". *Habis* 18-19, pp. 257-270.
- Huss, W. (1985): *Geschichte der Karthager*. München.
- Marras, L.A. (1990): "Un insediamento fluviale fenicio: stato e prospettive". *Incontro "I fenici"*. Cagliari, pp. 51-58.
- Meloni, P. (1975): *La Sardegna romana*. Sassari.
- Moscato, S. (1986): *Italia punica*. Milano.
- Tronchetti, C. (1990): *Cagliari fenicia e punica*. Sassari.

# EL CONCEPTO DE ROMANIZACION Y LOS FENICIOS EN LA HISPANIA REPUBLICANA. PROBLEMAS HISTORIOGRAFICOS

*José Luis López Castro*

*Campus Universitario de Almería*

## I. Un periodo "oscurecido".

En el estudio de muchas sociedades antiguas la historiografía ha denominado "edades oscuras" a los periodos peor conocidos o peor explicados por la investigación, que suelen coincidir con las etapas formativas de esas sociedades o con los momentos más antiguos. Tanto entre arqueólogos como entre historiadores, más inclinados a estudiar las etapas "clásicas" o "plenas" de las sociedades prehistóricas e históricas, se suele producir un abandono casi total en la investigación de estos periodos "oscuros", poco definidos, especialmente los llamados con cierta arbitrariedad "de transición", pues son periodos creados por la propia investigación, en función precisamente de aquellos periodos "clásicos" o mejor definidos según unos criterios que acostumbran a ser meramente empíricos. Y ello por una falsa conceptualización del tiempo histórico, compartimentado a veces en periodizaciones rígidas que, de acuerdo con posiciones preconcebidas y prejuicios actuales, llegan a condicionar la investigación.

En el caso de los fenicios occidentales, a pesar del auge observado en los estudios fenicios en España desde los años 60 en adelante, el último periodo

de su historia en la Península Ibérica ha sido el menos investigado y no faltan razones para ello. Este periodo, al que algunos denominamos periodo tardopúnico (López Castro, en prensa a), queda comprendido entre el final de la Segunda Guerra Púnica y el primer siglo de la era para las ciudades fenicias del litoral andaluz, a las que podría añadirse la isla de Ibiza.

El periodo en cuestión, que resulta crucial para comprender la historia de la Península Ibérica como provincia romana no ha merecido nunca un análisis pormenorizado del largo proceso que, en aproximadamente dos siglos, condujo a la plena integración política y económica y, en buena parte cultural, de las ciudades fenicias peninsulares en el Imperio Romano, a diferencia de muchos de los núcleos mediterráneos vinculados históricamente a Cartago que mantuvieron durante siglos su lengua, religión e instituciones ciudadanas después de la conquista romana.

Si hacemos un breve recorrido por la historiografía de la Hispania Antigua y se analizan las obras de carácter general sobre la Hispania romana o sobre la historia de los fenicios en Iberia, se puede advertir una cierta tendencia a la simplificación histórica, originada en la idea de que con la conquista de Gádir por los romanos en el 206 a. C., se acaba la presencia púnica en España y con ella casi desaparecen de la Historia las ciudades fenicias peninsulares como tales, para pasar a ser en lo sucesivo, como por arte de magia, ciudades romanas. En ello ha tenido que ver el arraigado lugar común de la “rápida romanización” del Sur de Hispania, primero en la provincia Ulterior y luego en la Bética, que debemos sin duda al contenido de propaganda augustea que encierra la obra de Estrabon y al optimismo y a la superficialidad que caracterizaron una etapa de la historiografía española.

En general, los autores que de un modo u otro han trabajado sobre la conquista de Hispania por los romanos, o sobre la “romanización” de la Bética en particular, sólo se han ocupado tangencialmente de la población fenicia peninsular, poniendo de manifiesto aquello que resulta evidente o más significativo desde los datos literarios y arqueológicos existentes.

Habitualmente, no se ignora la existencia de una serie de poblaciones de origen fenicio, comerciantes y productoras de salazón de pescado, que en virtud de unas relaciones de amistad con Roma, mantuvieron durante los dos últimos siglos de la República una cierta independencia política que les permitió ampliar su mercado comercial y acuñar moneda propia con alfabeto púnico. Este suele ser, como máximo, el cuadro historiográfico general sobre

las ciudades fenicias peninsulares tras la conquista romana. En otros casos (Prieto, 1971), el tópico de la “rápida romanización” es tan acusado que se obvia la historia de los fenicios occidentales anterior al cambio de Era, como si esa historia no tuviera nada que ver con la realidad posterior y la única protagonista fuera Roma.

Esta situación tiene razones de índole teórica, metodológica y también de índole puramente académica. En una tradición de estudios como la investigación española sobre la Antigüedad, en la que reinan el positivismo y el empirismo como paradigma, y que hunde sus raíces en la “*Altertumswissenschaft*” alemana -poco proclive por lo demás, a incluir entre sus objetos de estudio a los pueblos de origen semita- ha sido decisiva la escasez de fuentes literarias referentes a las ciudades fenicias peninsulares, para hacer de este periodo un ángulo muerto en la Historia Antigua peninsular.

Dicha situación se ve agravada si tenemos en cuenta que la exclusividad en el origen grecorromano de las fuentes literarias disponibles ha condicionado la orientación de las investigaciones. La inmensa mayoría de los trabajos sobre la “romanización” de nuestro país han sido conducidos, casi siempre, siguiendo la posición de las fuentes de conocimiento dominantes, desde visiones filorromanas que suelen dejar a un lado la historia de los pueblos peninsulares vencidos, dominados y explotados por Roma, como fue el caso de la inmensa mayoría de los fenicios occidentales.

A ello contribuye el hecho de que, a diferencia de otros países europeos en los que existe una consolidada tradición de estudios sobre los fenicios y su proyección mediterránea, la investigación sobre este pueblo en España sigue estando reducida a un escaso grupo de especialistas, y aún no se ha asentado en las estructuras académicas.

A esto hay que añadir la existencia de un registro arqueológico no muy extenso e inédito en gran parte, poco espectacular por lo demás, y que ha sido calificado por sus excavadores y por la investigación en general, en más de una ocasión, con el vago término de “prerromano”, o con el de “romano republicano”, lo que da una idea de la falta de conceptualización del periodo y de la propia realidad histórica y material que se investigaba desde el punto de vista arqueológico.

La causa esencial de esta situación es que el registro arqueológico disponible actualmente sobre este periodo de la historia de los fenicios en la Península Ibérica ha sido elaborado según una metodología inductiva. El

registro está compuesto por una gran cantidad de observaciones realizadas sin teorías precedentes claramente explicitadas y sin unas hipótesis derivadas para comprobar. En otras palabras, no se planteaba siquiera la existencia de fenicios tras la conquista romana, sus restos materiales y quienes los produjeron y usaron eran considerados romanos, aun cuando otras fuentes no arqueológicas nos informen de que políticamente y *de facto*, las ciudades fenicias peninsulares seguían siendo independientes aunque sometidas en su mayoría al pago de tributo al estado romano (López Castro, 1990).

Yacimientos como Carteia (Woods, Collantes de Terán y Fernández Chicarro, 1967; Presedo et alii, 1982), Morro de Mezquitilla (Schubart, 1979, 1983 y 1985), Cerro del Mar (Arteaga, 1979, 1981a, 1981b, y 1985), Puente de Noy (Molina, Ruiz y Huertas, 1982; Molina y Huertas, 1985), Cerro de Montecristo (Fernández-Miranda y Caballero, 1973) y Villaricos (Siret, 1908; Astruc, 1951; Almagro Gorbea, 1984 y 1986), así como los cascos urbanos de Cádiz (Quintero, 1917, 1918, 1924-25; Cervera, 1923), Málaga (Gran, 1988) y Almuñécar (Molina, Huertas y López Castro, 1984) presentan un horizonte cronológico comprendido entre el 200 y el cambio de Era aproximadamente, que podría definir arqueológicamente el periodo una vez salvados los problemas teóricos antes mencionados (López Castro, 1990).

Sin embargo, el valor informativo de estos yacimientos es reducido: gran parte de este registro proviene de excavaciones antiguas, y de las modernas sólo se puede contar con informes preliminares. Además, en muchos de los yacimientos citados la información se reduce a unos pocos cortes o sondeos de poca extensión. No existen sistematizaciones ni tipologías sobre la gran mayoría de los artefactos que componen el registro, ni tampoco se puede contar con análisis faunísticos, paleobotánicos, sedimentológicos, etc., ni estudios de antropología física de los restos humanos de las necrópolis.

Un problema decisivo de carácter académico al que aludía líneas arriba, lo constituyen las delimitaciones disciplinares absurdas, al igual que la corta tradición de estudios sobre la Hispania Antigua en nuestro país. Ambos factores han contribuido a que esta fase final de la historia de los fenicios occidentales haya permanecido prácticamente ignorada, al quedar recluida en una "tierra de nadie", a la que no llegaban los historiadores de la Antigüedad sino tangencial o esporádicamente, tal vez por no circunscribirse a los límites estrictos de la Historia de Roma o de la Hispania Romana, ni tampoco los arqueólogos, pues el objeto de estudio en cuestión quedaba apartado tanto de la Arqueología Clásica en su sentido más tradicional, como de la fase más

antigua de la colonización fenicia, el principal y más exótico objeto de conocimiento de los estudiosos de la sociedad fenicia occidental.

Los que estudiamos esa etapa de la Historia de Occidente denominada Antigüedad, estamos mal acostumbrados a depender en la praxis investigadora de lamentables y ficticias separaciones disciplinares a las que nos sometemos consciente o inconscientemente, que conducen en muchas ocasiones a callejones sin salida para la disciplina.

Es moneda corriente que los historiadores de esta época, en muchos casos provenientes de una formación académica filológica, ignoren en sus trabajos con increíble desparpajo los datos y aportaciones arqueológicas sobre los aspectos que estudian, y en general los referentes a la Hispania Antigua, a excepción de los datos epigráficos o la arquitectura pública monumental, que tal vez y precisamente por su monumentalidad no puede ser obviada tan fácilmente.

Esta sorprendente metodología conduce a una curiosa paradoja epistemológica: no conocemos nada o casi nada de aquellos pueblos o acontecimientos no registrados por las fuentes literarias existentes, pero tampoco los conoceremos nunca, porque despreciamos otras fuentes de conocimiento que no sean esas fuentes literarias o epigráficas, poco susceptibles de ser ampliadas salvo en el caso de la aparición de nuevas inscripciones.

Del mismo modo, numerosos arqueólogos que se ocupan de estudiar los restos materiales de la Antigüedad, utilizan las fuentes literarias -cuando lo hacen- sin tener en cuenta los estudios críticos históricos y filológicos precedentes. Se produce entonces otra paradoja mucho más absurda, si cabe, que la anterior: estudiosos que tienen en común un mismo objeto de conocimiento, intentan penetrar en él partiendo de posiciones metodológicas no ya distintas, sino enfrentadas por una práctica científica viciada, e incommunicadas bajo el nombre de disciplinas diferentes, de las que tan orgullosos nos sentimos y a cuya reproducción contribuimos.

No obstante, aun bajo el panorama líneas arriba descrito, algunos investigadores cuyas aportaciones analizaré a continuación, han tenido el mérito de llamar la atención sobre la continuidad histórica de estas poblaciones semitas. Algunos, insinuando algunas vías de aproximación a su estudio; otros, planteando la pervivencia de elementos culturales fenicios en estas ciudades a partir de un primer rastreo de las fuentes literarias, epigráficas y arqueológicas.

## II. Los fenicios como pervivencia

Si de alguna forma llamaron la atención a los investigadores modernos los fenicios occidentales tras la conquista romana de Hispania, fue por el hecho de que la documentación histórica que de ellos nos ha llegado conserva algunos datos que, por decirlo de alguna manera, "distorsionan" respecto de la uniformidad general de rasgos culturales romanos, al presentar rasgos marcadamente fenicios o de tradición fenicia, como por ejemplo la antroponimia o la lengua. Estos rasgos, incluyendo testimonios muy tardíos fruto de inmigraciones norteafricanas, debido a su posición aislada en el conjunto de la documentación han solido ser interpretados como pervivencias de una cultura arraigada en la Península Ibérica y no se les ha dado mayor valor histórico (Solá-Solé, 1967; Blázquez, 1969).

Uno de los primeros autores en llamar la atención sobre la continuidad de la cultura fenicia en España tras la conquista romana fue el alemán M. Koch. En un memorable artículo, y casi con toda probabilidad, por primera vez en la moderna historiografía peninsular, se abordaba desde una perspectiva global la existencia de una población fenicia en el Sur peninsular después de la derrota cartaginesa en la Segunda Guerra Púnica (Koch, 1976).

En este conocido trabajo, Koch hacía una valoración muy acertada de la por él denominada "aversión ideológica" de muchos historiadores de la Antigüedad, para aproximarse a la cultura fenicia desde otra perspectiva que no fuese la marcada por las fuentes griegas y romanas, dentro de una concepción hegeliana de la Historia, en la que la romanización y su prolongación en el cristianismo constituirían "una etapa cultural absolutamente indispensable" en la Historia del Mediterráneo Occidental. Los fenicios occidentales serían algunas de las "víctimas históricas" que no verían reconocido su papel histórico.

En su artículo, que trata esencialmente de las pervivencias fenicias antroponímicas y lingüísticas en la Península, Koch propuso la apertura de una línea de investigación sobre los diferentes aspectos de lo que denomina "la pervivencia del sustrato púnico durante el dominio romano", con el objeto de conocer el papel de estas poblaciones después del 206 a.C.

A pesar de la interesante aportación de este investigador alemán, sus propuestas no obtuvieron en los años posteriores la continuidad que merecían, si bien su artículo suele aparecer citado en la bibliografía al uso, como prueba, al menos, de la toma de conciencia del problema por parte de la crítica.

Desde esta misma perspectiva de enfocar la historia de las poblaciones fenicias hispanas durante época romana como “pervivencias” púnicas, aunque bajo una orientación teórica e ideológica muy distinta de la de Koch, contamos con la aportación posterior de M. Bendala, quien en dos trabajos publicados a principios de los años ochenta abordó una aproximación muy general al problema, como introducción al análisis de aspectos más particulares (Bendala, 1981 y 1982).

Este investigador se alinea en la tendencia historiográfica que defiende una presencia imperialista territorial cartaginesa en la Península Ibérica desde finales del siglo VI a.C. en adelante (Bendala, 1987). Coherentemente con esta posición, Bendala propone una “helenización” o “helenistización” del Sur peninsular a través de Cartago, “helenizada” a su vez desde Sicilia y la Magna Grecia a partir del siglo V a.C.

Estas influencias griegas servirían para allanar el camino a los conquistadores romanos en el “progreso cultural” que, según este autor, aportaron a los pueblos peninsulares, supuesto que Roma participaba también de esa corriente “helenizante” mediterránea. De este modo, los romanos no sólo permitirían la continuidad de las formas políticas y culturales púnicas en la Península, sino que las convertirían en un instrumento de su política en Hispania. Este hecho, junto a la profunda penetración de la cultura púnica en el Sur peninsular explicarían para Bendala la perduración de determinadas manifestaciones artísticas y culturales de clara raigambre púnica hasta incluso el primer siglo de nuestra era.

El concepto de pervivencia lleva aparejado implícitamente una connotación de subordinación de una cultura bajo otra, en nuestro caso, de los fenicios bajo los romanos. Sin embargo, en los autores analizados la aplicación de este concepto presenta matices muy diferentes. Para Koch, cuya posición respecto al tratamiento otorgado a los fenicios en época romana por la historiografía es crítica con las tendencias disciplinares dominantes, las pervivencias fenicias serían la manifestación de un fenómeno histórico que él intuía de mucha mayor profundidad. Estas pervivencias eran, digámoslo así, la punta del iceberg y por ello proponía abrir una vía de conocimiento de los fenicios occidentales en época romana.

En la posición idealista de Bendala, por el contrario, el concepto de pervivencia reduce el papel histórico de fenicios occidentales y cartagineses al de simples transmisores de una cultura helenística, que luego será útil a los conquistadores y “civilizadores” romanos. En realidad lo que perduraría no

serían rasgos propiamente fenicios, pues fenicios y cartagineses no serían más que vehículos de un espíritu griego, ya sea helénico o helenístico, inmanente a algunas sociedades antiguas, cuya esencia perduraría y se transmitiría a través de los siglos.

La Historia se nos presenta entonces como un progreso continuo, siempre en avance paulatino hacia cotas más elevadas de "progreso cultural" (Bendala, 1981). De este modo, la presencia cartaginesa y, sobre todo, la conquista romana, servirían para "civilizar" progresivamente la Península Ibérica. Esta noción de progreso en la Historia creció al calor del romanticismo europeo del siglo XIX y es una de las constantes de la historiografía occidental sobre la Antigüedad (Bernal, 1987).

Para Bendala, al igual que para esta tendencia nacida en Alemania e Inglaterra, Grecia se presenta como el origen de la civilización europea; su cultura beneficia tanto a los cartagineses mediante la "helenización", como a sus más directos herederos en la hegemonía mediterránea, los romanos, y a través de ellos a los pueblos iberos.

Sin embargo, esta visión benéfica de la "helenización" que trajo consigo el imperialismo cartaginés y de la "romanización" que supuso el imperialismo romano, elude otros conceptos que tienen una plasmación histórica más próxima a la realidad, como son el conflicto o la explotación. Indirectamente, el imperialismo quedaría entonces justificado por el progreso que aporta a los pueblos que lo sufren.

### **III. Una primera conceptualización: el periodo neopúnico.**

También a principios de la pasada década, el investigador O. Arteaga planteaba algunas cuestiones de carácter general sobre las poblaciones fenicias peninsulares en época romana, a partir de sus trabajos en el yacimiento arqueológico malagueño del Cerro del Mar (Arteaga, 1981a; 1985). Su excavación, de singular importancia para el conocimiento del periodo que nos ocupa, indujo al autor a abordar un intento de explicación histórica de los resultados de su investigación en la primera conceptualización que conocemos de esta etapa final de las poblaciones fenicias peninsulares.

En este sentido, Arteaga propuso la existencia de un periodo neopúnico previo a la romanización, cuya fase final habría que situar a partir de la toma

de Gádír por los romanos, al terminar la Segunda Guerra Púnica en Hispania. Para Arteaga, este periodo, lejos de ser un epígono decadente de las etapas fenicias precedentes o las iniciales, constituye una etapa de extraordinario crecimiento económico y productivo, apoyado en una comunidad de intereses con Roma que conduciría a una asimilación de estas poblaciones semitas alentada por las clases superiores fenicias.

Esta asimilación se traduciría en rápidos cambios en la cultura material, especialmente en los restos cerámicos, que a partir de época de Augusto pierden su conexión con las formas púnicas anteriores y se muestran plenamente romanos en cuanto a su tipología. Se asistiría así a “una transformación de la industria púnica occidental en una industria romana”. Dicha transformación se produjo a partir de la estructura productiva púnica peninsular, respetada por Roma en sus fundamentos sociales y económicos, que fue adaptándose y expandiéndose al gran mercado romano impulsada por la clase social dominante.

La propuesta de Arteaga, que contiene elementos teóricos del materialismo histórico, constituye la primera conceptualización del fenómeno de las hasta entonces “pervivencias” fenicias en época romana, en forma de periodo histórico: el periodo neopúnico. No obstante, más que una aproximación sistemática al problema, es en realidad un esbozo construido a partir de algunas impresiones motivadas por la excavación del yacimiento arqueológico del Cerro del Mar. Contiene aciertos como la identificación de las transformaciones productivas y la sugerencia del papel desempeñado por las clases dominantes fenicias en el proceso que Arteaga denomina de “asimilación” a Roma.

#### IV. La “romanización” de los fenicios occidentales.

Algo más recientemente, el investigador soviético Tsirkin publicó el trabajo más completo sobre el periodo que nos ocupa, y el único que ha profundizado algo sobre el mismo desde una perspectiva general, si bien brilla por su ausencia cualquier intento de teorización sobre esta última etapa de la historia de los fenicios en España y asume muchos de los tópicos de la romanización del Sur peninsular (Tsirkin, 1985).

Las ciudades llamadas por Tsirkin hispano-fenicias llegaron a constituir una parte del estado romano en un proceso relativamente rápido de romanización. Los factores económicos, políticos y culturales que contribuyeron a esta

romanización son analizados por Tsirkin a partir de las evidencias literarias y materiales más significativas a su juicio.

En primer lugar, subraya este autor la integración de la economía fenicia peninsular en el sistema económico mediterráneo romano. Esta "romanización económica" como la denomina Tsirkin, se vio acompañada de una romanización política que culminaría con la obtención del estatuto jurídico de municipios de derecho romano o latino, como Gádir o Sexs, según este autor en época de Augusto, y Malaca o Ebusus en época de Vespasiano.

En el ámbito considerado cultural por el autor soviético se produjeron importantes cambios, como la aparición y progresiva implantación del rito funerario de la incineración y la progresiva sustitución del ajuar funerario fenicio por objetos de tipología romana, aunque con la presencia de elementos materiales aún de tradición fenicia.

La romanización se puede apreciar también en los cultos religiosos, en los que algunas divinidades, como Astarté, Tanit o Baal adoptarían los nombres romanos de Venus, Dea Caelestis o Vulcano. En el templo de Hércules-Melqart se producirían, así mismo, innovaciones en la arquitectura y las representaciones iconográficas.

Por otra parte, la composición fenicia de la población sufriría también cambios con la incorporación de inmigrados itálicos y romanos, y la lengua latina se iría extendiendo progresivamente en la población fenicia occidental. Para Tsirkin, la segunda mitad del siglo I a.C., bajo César y Augusto, constituiría "el punto crucial en la Historia de los fenicios españoles", un momento en el que se produce la plena integración económica y política en el mundo romano.

Pese a su perspectiva general y al correcto enfoque del problema, el artículo de Tsirkin se limita a constatar los cambios observados en el registro arqueológico y en la documentación literaria sobre las ciudades fenicias peninsulares en el periodo en cuestión. Los datos que evidenciarían esos cambios aparecen ordenados temática y secuencialmente, pero Tsirkin suministra una visión de estas transformaciones excesivamente superficial: la descripción de los cambios no supone que éstos queden explicados por sí mismos.

Por otra parte, los procesos de cambio parecen explicarse aplicando mecánicamente el concepto de romanización: romanización política, romanización económica, etc., pero Tsirkin no profundiza en las causas de los

cambios ni en el ritmo de las transformaciones en los distintos ámbitos. Metodológicamente, no existe un hilo conductor de carácter teórico y su aportación está excesivamente compartimentada en distintos aspectos que se analizan independientemente, lo que impide a Tsirkia reconocer la interacción de unos sobre otros.

#### V. Integración frente a romanización. Una propuesta desde el materialismo histórico.

Las distintas aportaciones analizadas sobre el periodo tardopúnico constituyen, sin lugar a dudas, un punto de partida útil para la futura investigación. Sin embargo, conviene rechazar el uso del concepto de "romanización", al menos tal como se ha venido utilizando hasta ahora. Este término, que a veces ha enmascarado realidades imperialistas mucho más crudas, se ha caracterizado por una gran ambigüedad y por una profunda carga idealista, identificándose comunmente con el de progreso en una concepción idealista y unilineal de la Historia, como hemos visto que sucede en alguno de los autores anteriormente revisados.

El uso irreflexivo y mecánico del concepto de romanización hurta a los pueblos "romanizados" la posibilidad de ser sujetos de su propia historia, pues este concepto puede llevar consigo un discurso subyacente de pasividad de las poblaciones sometidas por Roma -las peninsulares en este caso- en procesos en los que fueron las auténticas protagonistas, en lugar de los meros agentes receptores de las bondades de Roma que nos han pintado ciertas visiones de nuestra historia.

Por otra parte, el concepto de romanización es reduccionista pues su uso enmascara profundos procesos de cambio. Si decimos que tal o cual pueblo se romaniza se da por supuesto que pierde sus rasgos particulares para adoptar los romanos. Pero el uso del término no implica el conocimiento de los mecanismos históricos internos de ese pueblo que permiten tal romanización, ni su forma de actuar en una situación histórica determinada, lo que en muchas ocasiones se traduce en la práctica investigadora, en el desconocimiento de las causas, tiempos y modos del proceso histórico de romanización.

Es también un concepto reduccionista porque su empleo resume peligrosamente en una palabra, con riesgo de no percibirlos, complejos

procesos de larga duración que protagonizaron a veces varias generaciones de hombres. Así mismo, la romanización se ha convertido en un estereotipo de proceso pacífico, que oculta en muchos casos una dura dominación romana que implica la ruptura, violenta o no, de formas de vida seculares, la pérdida de la capacidad de libre decisión de un pueblo, la esclavización de los sometidos, la imposición de tributos y el expolio directo o indirecto de los recursos: el imperialismo, en una palabra.

Por ello, mientras que el concepto de romanización continúe impregnado de las mismas connotaciones idealistas, a pesar de que se esté comenzando a revisar su significado y se reconozca la relación entre romanización y explotación (Blázquez, 1989), es preferible usar otros conceptos más útiles como el de "integración" en el estado romano, que es históricamente paralelo y convergente con el de "disolución" de unas formas productivas y políticas particulares que caracterizaron a los pueblos dominados por Roma.

El concepto de integración contiene el reconocimiento implícito de la existencia de una entidad política y social anterior a Roma que juega un papel activo en su propia Historia. Si hablamos de integración queda eliminada la apreciación de inferioridad cultural frente a Roma del pueblo que se romaniza, una noción no siempre expresada abiertamente por los investigadores y que justificaba históricamente el imperialismo romano, y de camino todos los imperialismos, como fenómenos transmisores de civilización, cultura y progreso (Muñoz, 1991).

El concepto de integración resulta especialmente útil al aplicarlos al proceso histórico protagonizado por las ciudades de Gádir, Carteia, Malaka, Sexs, Abdera y Baria, para tratar de explicar el complejo proceso de transición en el que tuvo lugar la disolución de las formas productivas, sociales, políticas y culturales que habían caracterizado a la formación social fenicia occidental en el mundo antiguo y su sustitución progresiva por otras de origen romano, en un proceso cuya naturaleza es dialéctica y no estática o unilinear.

El concepto materialista histórico de formación social se refiere al de organizaciones sociales situadas histórica y políticamente. Las formaciones sociales corresponden no sólo a grupos humanos, sino también a secuencias o procesos históricos situados espacialmente, y a organizaciones sociales que no sólo producen, sino que se reproducen socialmente y se transforman históricamente (Sereni, 1973).

El proceso de integración en el estado romano de estas ciudades fenicias, no hay que buscarlo sólo en la acción de Roma frente a ellas, sino también a

través del estudio de sus formas productivas y políticas y sus relaciones en el Mediterráneo, porque el proceso histórico de integración no fue desencadenado sólo por causas externas, y portanto no es exclusivamente explicable por ellas. Dicho proceso, que constituye la disolución de la formación social fenicia occidental, se puede explicar en el proceso de transición de la forma de producción antigua a la forma de producción esclavista (en adelante, López Castro, 1990).

La definición de la formación social fenicia occidental ha venido a coincidir, en líneas generales, con la consolidación de la forma antigua de producción durante el denominado periodo púnico, a partir del siglo VI a.C, tras la ruptura de las condiciones de reproducción del sistema colonial. Es a partir de este momento cuando se puede comenzar a hablar de una formación social fenicia occidental independiente de Tiro, aunque generada en la etapa colonial.

El germen de la producción esclavista se había generado en las ciudades fenicias antes de la conquista romana. La presencia cartaginesa durante el periodo bárcida había supuesto para aquellas y en especial para Gádir, la incorporación de nuevos medios de producción a las actividades productivas como la tierra, y el empleo de fuerza de trabajo esclava, que constituyeron el origen de un posterior desarrollo de las fuerzas productivas. La forma de producción esclavista se encontraba más desarrollada en Roma que en las ciudades fenicias peninsulares y el propio imperialismo romano nació, en buena medida, a partir de aquella (Carandini, 1979), contribuyendo a consolidarla en el resto de Italia y las provincias del Imperio.

La conquista de Hispania por Roma introdujo una dinámica que permitió indirectamente el citado desarrollo de las fuerzas productivas con su política imperialista de exacciones tributarias, que obligaron a las ciudades fenicias sometidas a incidir en la producción mercantil dirigida a la obtención de beneficios. Ello se vio favorecido por la tendencia constatada históricamente en la formación social fenicia occidental, a subordinar la producción respecto al comercio como medio de acumulación de riqueza y por las condiciones favorables que representaba la apertura del vasto mercado romano una vez superados los estrechos límites del comercio por tratado tras la derrota de Cartago en el 201 a.C.

Así mismo, la implantación de la forma esclavista de producción favoreció tras la conquista romana, aunque desigualmente en las ciudades fenicias, la

consolidación de la economía monetaria, que se había iniciado durante la Segunda Guerra Púnica y la aparición del dinero como equivalente universal del valor de cambio. La introducción de la producción esclavista en la industria de salazones de pescado y sus actividades subsidiarias primero, y en la producción agrícola y artesanal después, supuso un proceso de desarrollo de las fuerzas productivas que ocupó la mayor parte del siglo II a.C., y que sólo en los últimos decenios del mismo mostró sus frutos en una primera acumulación esclavista inicial originada por la comercialización de los productos fenicios occidentales en el Mediterráneo.

Esta acumulación permitiría iniciar ya en el siglo I a.C. un proceso de concentración de los medios de producción por parte de las oligarquías fenicias, que terminaría por consolidar la producción esclavista y facilitaría la conquista de los mercados itálicos y del Occidente mediterráneo, que fueron inundados de productos fenicios occidentales como el vino y el aceite o los distintos derivados del salazón de pescado.

Sin embargo, hay que subrayar que en la formación social fenicia occidental, el proceso de implantación de la forma esclavista no fue uniforme ni en el tiempo ni en el espacio. Por otra parte, la integración política en el estado romano de las ciudades fenicias no se presenta como un fin predeterminado desde la conquista romana. Por el contrario, las distintas ciudades mantuvieron vigentes sus instituciones ciudadanas y defendieron su soberanía en la medida de lo posible durante todo el siglo II a.C. y parte del I. La integración en el estado romano se constituye como una consecuencia directa de la consolidación de la forma de producción esclavista en las ciudades fenicias y se produjo sólo cuando confluyeron en éstas una serie de condiciones internas y externas que pueden explicar la discontinuidad en el tiempo y en el espacio de la integración.

Estas condiciones internas para la integración en el estado romano, se dieron cuando se generalizó entre los sectores más beneficiados por la acumulación esclavista de las oligarquías fenicias ciudadanas, la necesidad de la obtención de la ciudadanía romana como cauce político que diera cabida a sus deseos de perpetuarse como clase hegemónica, y desarrollara sus posibilidades potenciales de conseguir riqueza y prestigio en el ámbito supraciudadano del Imperio, pasando a formar parte de su clase política dirigente y accediendo a los contratos y concesiones del estado reservados a los ciudadanos romanos.

Para ello, estos sectores de la oligarquía fenicia pusieron en práctica un programa político de integración en el estado romano a través de la obtención de estatutos municipales para sus ciudades, lo que se consiguió en dos momentos históricos precisos dependiendo de unas condiciones externas favorables: la política municipal de César, por la que obtuvieron el estatuto municipal Gádir y Sexs tras la Guerra Civil, y la política municipal de los emperadores de la dinastía Flavia, de quienes Malaka, Abdera y Baria recibieron sus cartas municipales.

## BIBLIOGRAFIA

- Almagro Gorbea, M<sup>o</sup> J. (1984): *La necrópolis de Baria (Almería). Campañas de 1975-1978*. EAE 129. Madrid.
- (1986): "Excavaciones en la necrópolis púnica de Villaricos". *Actas del Congreso Homenaje a Luis Siret. Cuevas del Almanzora 1984*. Sevilla, pp. 625-637.
- Arteaga, O. (1979): "Avance sobre las nuevas excavaciones en el Cerro del Mar. Campaña de 1976". *NAH* 6, pp. 260-274.
- (1981 a): "Las influencias púnicas. Anotaciones acerca de la dinámica histórica del poblamiento fenicio-púnico en Occidente a la luz de las excavaciones arqueológicas en el Cerro del Mar". *Actas de la Mesa Redonda: La Baja Epoca de la Cultura Ibérica. Madrid 1979*. Madrid, pp. 117-141.
- (1981 b): "Cerro del Mar (Málaga. Campaña de 1978)". *NAH* 12, pp. 292-297.
- (1985): "Excavaciones arqueológicas en el Cerro del Mar (Campaña de 1982)". *NAH* 23, pp. 195-233.
- Astruc, M. (1951): *La necrópolis de Villaricos. InfMem* 25. Madrid.
- Bendala Galán, M. (1981): "La etapa final de la cultura ibero-turdetana y el impacto romanizador". *Actas de la Mesa Redonda: La Baja Epoca de la Cultura Ibérica. Madrid 1979*. Madrid, pp. 33-48.

- (1982): "La perduración púnica en los tiempos romanos. El caso de Carno". *Actas de las Primeras Jornadas Arqueológicas sobre colonizaciones orientales. Huelva 1980 = HA VI*, pp. 193-203.
- (1987) "Los cartagineses en España". *Historia General de España y América*. Vol. I,2, Madrid, pp. 115-170.
- Blazquez Martínez, J.M. (1969): "Relaciones entre Hispania y los semitas (Sirios, fenicios, chipriotas, cartagineses y judíos) en la Antigüedad". *Festschrift für Franz Altheim*. Berlin, pp. 42-75.
- (1989): *Nuevos estudios sobre la romanización*. Madrid.
- Carandini, A. (1979): *L'anatomia della scimmia. La formazione economica della società prima del capitale*. Torino 1979.
- Cervera y Jiménez-Alfaro, F. (1923): *Excavaciones en extramuros de Cádiz. Memoria de los trabajos y resultados obtenidos en dichas excavaciones*. MJSEA 57.
- Fernández-Miranda, M.-Caballero Zoreda, L. (1973): *Abdera. Excavaciones en el Cerro de Montecristo*. EAE 85. Madrid.
- González Román, C. (Ed.) (1991): *La Bética en su problemática histórica*. Granada.
- Gran Aymerich, J. M. J. (1988), "Málaga fenicio-púnica y el Estrecho de Gibraltar". *Congreso Internacional: El Estrecho de Gibraltar. Ceuta 1987*. Madrid, pp. 575-591.
- Koch, M. (1976): "Observaciones sobre la permanencia del sustrato púnico en la Península Ibérica". *Actas del I Coloquio sobre Lenguas y Culturas prerromanas de la Península Ibérica. Salamanca 1974*. Salamanca, pp. 191-199.
- López Castro, J. L. (1990): *La integración de las ciudades fenicias del Sur de la Península Ibérica en el estado romano. La disolución de la formación social fenicia occidental*. Tesis doctoral microfichada. Universidad de Granada.
- (en prensa, a): "Fenicios y cartagineses en el Extremo Occidente: algunas cuestiones sobre terminología y periodización". *Homenaje a Elena Pezzi. Almería 1992*.

- Molina Fajardo, F. - Huertas Jiménez, C. (1985): *La necrópolis fenicio-púnica de Puente de Noy. II*. Granada.
- Molina Fajardo, F. - Huertas, C. - López Castro, J. L. (1984): "Hallazgos púnicos en El Majuelo". *AAH II*, Granada, pp. 275-289.
- Molina Fajardo, F. - Ruiz, A. - Huertas, C. (1982): *Almuñécar en la Antigüedad. La necrópolis fenicio-púnica de Puente de Noy*. Granada.
- Muñoz Muñoz, F.A. (1991): "Del odio a la paz de los indígenas: guerra y resistencia en la Hispania meridional". González Román, C. (Ed.), pp. 199-220.
- Presedo Velo, F. et alii. (1982): *Carteia I. EAE 120*. Madrid.
- Prieto Arciniega, A. (1971): "Estructura social del *Conventus Gaditanus*". *HisAnt I*, pp. 147-168.
- Quintero y Aauri, P. (1917): *Excavaciones en Punta de la Vaca y en Puerta de Tierra (Ciudad de Cádiz): Memoria de los trabajos realizados en 1916*. MJSEA 12, Madrid.
- (1918): *Excavaciones en extramuros de la ciudad de Cádiz. Memoria de los resultados obtenidos en 1917*. MJSEA 18, Madrid.
- (1924-25): *Excavaciones en extramuros de Cádiz. Memoria de los resultados obtenidos en dichas excavaciones en el año 1925*. MJSEA 76, Madrid.
- Rodríguez Neila, J. F. (1980): *El municipio romano de Gades*. Cádiz.
- Schubart, H. (1979): "Morro de Mezquitilla. Campaña de 1976". *NAH 6*, pp. 176-218.
- (1983): "Morro de Mezquitilla. Informe preliminar sobre la campaña de excavaciones de 1981". *NAH 19*, pp. 85-101.
- (1985): "Morro de Mezquitilla 1982". *NAH 23*, pp. 143-174.
- Sereni, E. (1973): "La categoría de 'formación económico-social'", en C. Luporini et alii. *El concepto de "formación económico-social"*. Córdoba.

- Siret, L. (1908; *Villaricos y Herrertas*. Madrid.
- Solá-Solé, J. M. (1967): "Ensayo de antroponimia fenno-púnica de Hispania Antigua". *Rivista degli Studi Orientali* 42, pp. 305-322.
- Tsirkin, Ju. B. (1985): "The phoenician civilization in Roman Spain". *Gerion* 3, pp. 245-270.
- Woods, D. E. - Collantes de Terán, F. - Fernández-Chicarro, C. (1967): *Carteia*. EAE 58. Madrid.



---

ACTAS DEL  
SEMINARIO

---

Almería, 5 -7 de Junio de 1.990

---

*Hace 100 años, el 10 de Enero de 1890, se iniciaba la excavación de la necrópolis de Villaricos, y con ella la investigación arqueológica sobre la presencia fenicia en la Península Ibérica. Hemos conmemorado este centenario mediante un seminario dedicado a la revisión historiográfica de estos 100 años de investigación sobre la colonización fenicia y sus repercusiones en los pueblos autóctonos del Sur peninsular.*

INSTITUTO DE ESTUDIOS ALMERIENSES  
DIPUTACION PROVINCIAL DE ALMERIA  
CAMPUS UNIVERSITARIO DE ALMERIA